

¡VACÍO!

PETER KAPRA

Un joven astronauta a punto de salir en una misión a Plutón, tiene un sueño en el que ve como la Tierra con sus habitantes mueren por causas desconocidas. En este sueño se encuentra con una deportista de élite. Más tarde la buscará y juntos emprenderán una aventura para salvar la Tierra.



Peter Kapra

¡Vacío!

Bolsilibros » Espacio - El Mundo Futuro: 346

ePub r1.1

Titivillus 11.04.2020

Título original: *¡Vacío!*
Peter Kapra, 1965

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Pedro Guirao Hernández (1927-1993) fue un novelista, ensayista y editor español que centró su trabajo en los géneros de ciencia ficción y fantasía y publicó bajo diversos seudónimos (como Peter Kapra) en colecciones de bolsillo que alcanzaron una gran difusión en los años sesenta y setenta del siglo pasado.

Fue un autor enormemente prolífico —más de 250 títulos entre originales y reediciones— durante cuatro décadas, que abarcaron los géneros literarios ya citados además del policíaco, aventuras, romántico o la divulgación científica. Tras trabajar en las principales editoriales y colecciones de «bolsilibros» que formaron a diversas generaciones en la pasión por la ciencia-ficción, llegó a formar su propia editorial Ediciones Helios. Los «bolsilibros» eran baratos (costaban 8 pesetas en 1965) y se intercambiaban por otros en las librerías de barrio.

Como la naturaleza es contemporánea de la materia,
del espacio y del tiempo, su historia es la de todas las
sustancias, todos los lugares, todas las edades…

(G. L. L. BUFFON).



CAPÍTULO PRIMERO

PLATAFORMA de lanzamientos espaciales de las Naciones Unidas, al pie del Monte Olsen, Antártida, Polo Sur, diciembre de 1999.

Dieciséis altas rampas de despegue se erguían al cielo azul de aquel día, últimos de otoño. Todo era blanco allí, incluso los cohetes «Vaugh-U.N-102», con sus siglas cubiertas de transparente escarcha. Blanco y azul, tierra y cielo.

No se veía un alma en el exterior de los edificios también blancos. Nadie. Todo era silencio, soledad, viento y hielo. Un paisaje técnico, valioso, creado por las manos de los hombres a costa de vidas, esfuerzos titánicos y sacrificios indescriptibles.

Había seis enormes navíos espaciales que, como mudos y estáticos centinelas de acero, esperaban una larga cuenta hasta cero para lanzar un rugido de átomos desencadenados por sus toberas y salir lanzados al espacio infinito, en órbitas que la ciencia del hombre había establecido como invisibles puentes de comunicación entre la Tierra y los remotos mundos.

Seis ingentes navíos siderales capaces de transportar tres docenas de seres humanos y cien toneladas de material para las Bases de los planetas colonizados y en vías de desarrollo.

En las plantas subterráneas de la plataforma, más de quince mil hombres y mujeres trabajaban, noche y día, aunque en el Polo Sur, en aquella época del año, el sol permanecía en el cielo durante la noche, para que los urgentes navíos espaciales pudieran salir en las fechas establecidas por computadores electrónicos. Y siempre se habían cumplido estos programas.

¿Siempre?

Quizá, por vez primera en la historia de la Base Espacial de las Naciones Unidas, un programa no iba a poder cumplirse. Había ocurrido algo verdaderamente raro, anómalo, que traía de cabeza desde el general Gresham, comandante en jefe, hasta el último de los ordenanzas.

Y el hecho singular era que el mejor piloto espacial de la base, y, posiblemente, del mundo entero, se había puesto enfermo.

¡Erik Fugley, el robusto y simpático noruego, estaba enfermo!

Increíble, insólito, pasmoso.

¿Cómo era posible que un hombre joven, fuerte, de una salud a prueba de todo, hubiera podido enfermar?

Y lo que más preocupaba a los médicos de la base no era el enfermo en sí, sino su extraña y misteriosa enfermedad. En cuatro días que llevaba tendido Erik Fugley en el lecho de una salita aislada, en la clínica-laboratorio del doctor Roubaix, nada ni nadie había sido capaz de despertarle de su extraño sopor. Una palidez cadavérica cubría el rostro del piloto espacial enfermo.

Y, mientras, el cohete «Vaugh-U.N-102-20» esperaba al hombre

que debía llevarlo hasta Plutón, donde un grupo de científicos y obreros esperaban las mercancías.

¡Nadie, excepto Erik Fugley, a menos que el general Gresham tomase una medida drástica, y, por tanto, de mucho riesgo, podía pilotar aquella enorme espacionave!

En el despacho del doctor Roubaix, la conferencia de médicos, biólogos e histólogos, de la que formaba parte el propio general Gresham, como oyente, estaba en plena efervescencia. Doce hombres sesudos discutía con calor, hablando al unísono, gritando y golpeando fuerte sobre el tablero de acero laminado de la mesa, mientras sólo uno escuchaba, silencioso y preocupado. Este era el general Gresham.

La temperatura en el despacho era de 20 grados, pese a que los médicos estuvieran a mucha más, y el comandante en jefe de la Base a muchos menos, pero contrastaba con los cuarenta bajo cero que se registraban fuera de las instalaciones subterráneas, en uno de cuyos complicados y guarecidos parajes se encontraba el despacho del médico jefe.

Las voces iban subiendo de tono. Un biólogo llegó a insultar a un patólogo, llamándole:

—¡Asno cerril y orejudo!

El aludido quiso abalanzarse contra su ofensor a través de la mesa, pero no llegó a ejecutar la acción. El general Gresham, harto ya, pegó un enérgico y autoritario golpe sobre la mesa, haciéndola vibrar, y rugió como si fuese un león:

—¡Bastaaaaa! ¡Cállense todos!

Un silencio sepulcral se extendió por el despacho. Todos miraron al general, como si le vieran por vez primera.

—Así no solucionamos nada, señores. Gritando, insultando y pataleando no se va a ninguna parte —continuó el comandante en jefe de la Base—. ¡Y nosotros necesitamos soluciones! Les he reunido aquí para ver si saben lo que tiene el coronel Erik Fugley. ¿Lo sabe alguien?

Ni siquiera el que llamó «asno cerril y orejudo» a su colega osó despegar los labios. Sin embargo, alguien opinó:

—Yo creo que…

Gresham le miró con ojos centelleantes.

—¡No se trata de que crea usted, doctor Willow! ¡Se trata de que

sepa con exactitud lo que tiene el coronel Fugley y conozca el remedio!

El apabullado doctor Willow volvió a sentarse en seguida, murmurando:

—Es una enfermedad nueva… Algo cerebral, pero…

—En eso coincidimos todos. En su encefaloscopia hemos apreciado una atrofia neurálgica —agregó el doctor Roubaix.

—No me entienden ustedes, señores —dijo Gresham despacio, como haciendo un esfuerzo para contenerse—. Yo necesito saber si el coronel podrá hacer ese viaje dentro de ocho días o no le será posible hacerlo.

—Evidentemente, en las condiciones en que se halla, no. Pero si mejora y podemos…

Gresham se puso en pie de repente y atajó al doctor Roubaix con un gesto autoritario.

—Les he escuchado a ustedes y deduzco que no sabe ninguno el mal que padece el coronel Fugley. Esto, en las postrimerías del siglo XX, es lo más insólito que puede darse, puesto que, bajo ningún concepto, osaría yo dudar de la capacidad de ustedes, mil veces demostrada. Pero, caballeros, les comunico que, si Erik Fugley no puede pilotar el «Vaugh-U.N-102-20», en Plutón ocurrirá algo catastrófico.

—¿Y no podía enviarse a otro piloto? —insinuó alguien.

—No. Los demás pilotos tienen otras misiones que cumplir. Nadie, como, Erik Fugley, está preparado para la hibernación durante diez años. Su organismo es único, y en todas las pruebas físicas ha conseguido el número uno. Deben pensar en que ha de estar sometido a tremendas aceleraciones en el alto espacio… ¡Viajará a más de cien mil kilómetros por hora!

En efecto, de Erik Fugley se esperaba mucho, quizá demasiado. La expedición enviada anteriormente a Plutón, situada a más de cinco mil millones de kilómetros de la Tierra, había empleado 25 años. Claro que en este tiempo, los expedicionarios habían permanecido en hibernación, es decir, sometidos a refrigeración orgánica artificial, de modo que sus cuerpos no sufrían el menor desgaste, ni necesitaban alimentación de ninguna especie.

No obstante, los modernos reactores atómicos podían incrementar casi al triple la velocidad sideral, y Erik Fugley podría

llegar al planeta más distante del Sistema Solar en diez años, aproximadamente. Y era vital que partiera el «Vaugh-U.N-102-20» en la fecha prevista; de lo contrario, las conjunciones desfavorables de los planetas dificultarían el viaje por el espacio. Todo había sido calculado de forma infinitesimal.

Al callar el general, los médicos se miraron entre sí, un tanto avergonzados. En verdad, ninguno quería reconocer su incapacidad para diagnosticar qué enfermedad padecía el coronel Erik Fugley.

El doctor Roubaix, confuso, fue a decir algo. Pero en el mismo instante, el intercomunicador de su mesa zumbó y una voz femenina dijo:

—¡Profesor Roubaix, por favor, venga enseguida! ¡El coronel Fugley se agita como si tuviera una pesadilla!

Era la reacción que Roubaix esperaba.

Se puso en pie y exclamó:

—Disculpe, general Gresham… ¡Venga conmigo, Willow!

* * *

Efectivamente, el coronel Erik Fugley, natural de Tonsberg, Noruega, de treinta años de edad, y por tanto, el coronel más joven de las Fuerzas Espaciales de las Naciones Unidas, estaba revolviéndose en su lecho de espuma artificial, bajo el tibio calor de los rayos infrarrojos situados en el techo de la habitación.

A su lado, detrás de una mesa desplazable, había una enfermera de ojos grandes e inteligentes y cabellera muy corta, conforme a la moda.

Les doctores Roubaix y Willow, francés e inglés, respectivamente, acababan de entrar y estaban examinando al extraño enfermo, tomándole el pulso y la presión arterial. El inglés, por su parte, con un pequeño registrador encefalográfico, de tamaño no mayor que una pluma estilográfica, estudiaba algo sobre el cráneo del enfermo.

—¡Dios, sí; está agitado por una pesadilla! —exclamó Willow.

—Ya es algo. Al menos, ha salido de su estado de inmovilidad. ¿Qué estará soñando? Si hubiera modo de averiguarlo… Roubaix se interrumpió. Le fascinaba aquel aspecto de la neurosicología de los sueños.

No obstante, de haber tenido medio de leer los sueños del enfermo, Roubaix habría quedado profundamente impresionado. ¡Aterrado, tal vez!

* * *

El subconsciente de Erik Fugley estaba en aquel momento viendo algo espantoso de verdad.

Erik se veía a sí mismo en una playa desierta. A cien metros de donde rompían mansamente las olas, se alzaban esbeltas palmeras y cocoteros, y detrás, como un muro de verdor rutilante, ascendía, a modo de alfombra, hacia una colina. Era un paisaje paradisíaco del sur del Pacífico, donde él había estado alguna vez de vacaciones.

Una música hawaiana llegaba del poblado, a través de las palmeras, arrastrada por la brisa perfumada.

De pronto, Erik vio a una muchacha, espléndidamente bien formada, con su negra cabellera ondeando al viento, descalza y con los zapatos de fibra-cristal en la mano, caminando hacia él por encima de las olas. Vestía un ajustado vestido blanco, a través del cual se adivinaban formas atléticas y femeninas, cuyo aspecto hizo estremecerse a Erik, hombre dedicado a su trabajo y que no había tenido jamás tiempo de mirar a una mujer con ojos de hombre.

¿Por qué se fijó en aquélla?

Quizá resultaba extraño ver en una playa desierta, en una isla polinésica, a una mujer europea, de tez morena y rasgos perfectos y maravillosos. Una cara que le resultó vagamente familiar a Erik. ¿De qué la conocía?

Ella se acercaba a él. Movió en el aire uno de sus zapatos, en gesto de saludo.

Y, de súbito, la brisa dejó de soplar. Se hizo un silencio. El calor

empezó a incrementarse por segundos. Erik volvió el rostro hacia los bancos de coral y vio algo que hizo encogérsele el corazón.

¡Allá, en el horizonte, cubriéndolo todo, de norte a sur, se iba alzando una especia de ola roja!

La muchacha desconocida del vestido blanco también se volvió a mirar el horizonte. Los brazos le cayeron a lo largo del cuerpo. Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

Y la ola roja, de fuego, continuaba creciendo, acercándose a una fantástica velocidad. Parecía venir del otro lado del Pacífico, del otro lado del mundo, extendida por toda la superficie del mar, y se acercaba a la isla donde estaban Erik y la mujer del vestido blanco.

Ella emitió un grito, un alarido desesperado, que, en el silencio ominoso en que parecía haber quedado la playa, sonó en los oídos de Erik como una extraña y aguda sirena.

Corrió hacia ella. Al llegar a su lado, ya estaba cerca la inmensa ola de fuego color rojoblanco, como si el calor y color del sol se hubiera abatido sobre la tierra. El aire se hacía irrespirable por momentos. El agua había cesado en su oleaje y empezaba a hervir.

—¡Cielo santo! ¿Qué es eso? —oyó Erik que gritaba la muchacha.

Al mismo tiempo, como buscando instintiva protección, la joven se refugió en los brazos de él, temblando como una hoja.

¡La ola de fuego, de varios kilómetros de altura, cubriendo toda la superficie del mar, se acercaba a velocidad vertiginosa!

—¡Madre de Dios! —exclamó Erik.

¡Y el fuego les envolvió a los dos!

La tierra hervía, el aire era todo calor, de varios miles de grados, como dentro de un inmenso fuego, y las palmeras se convertían en ascuas instantáneamente.

Erik Fugley tuvo la sensación de que iba a morir abrasado en el mismo instante en que la oleada de fuego rojo llegó hasta la playa donde él se encontraba abrazado a la hechicera mujer. Mas no ocurrió así.

El fuego debió de continuar pasando sobre ellos abrasándolo todo en su destructiva marcha. Pero no murieron ninguno de los dos. Por el contrario, como si hubieran sido purificados por el tremendo calor, sin que en su piel surgiera ni una sola ampolla, el calor fue decreciendo, alejándose, extinguiéndose.

Luego, el cielo, que por unos momentos había sido rojo como la sangre, volvió a recobrar su primitivo azul, aunque el agua del mar continuó hirviendo. Con el corazón convertido en una estrujada esponja, Erik apartó su mirada de la muchacha y echó un vistazo en torno.

Lo que vio le puso los cabellos de punta.

Detrás de él, la «jungla» verde se había convertido en un carbonizado y humeante erial. La estación turística, al extremo de la enarenada alameda, había desaparecido, transformada en ruinas cenicientas. ¡Incluso la colina parecía haber sido atacada por el intenso calor, y por sus laderas se deslizaba un barro ardiente, como si la cima se hubiera fundido!

La muchacha, que continuaba abrazada a él, también miró a su alrededor. En español, idioma que Erik conocía a la perfección, musitó:

—¡Alabado sea el Señor! ¡Es espantoso! ¡Todo ha desaparecido!

En aquel mismo instante, como por arte de encantamiento, Erik se sintió despegado del suelo, aún abrazado a la muchacha, del mismo modo que el calor levanta los globos. Y, a medida que ganaban altura, en aquel insólito revoloteo, pudieron apreciar la magnitud del desastre producido por la ingente ola de fuego. La isla de Pago Pago y sus compañeras de las Samoa, Savai, Opulo y Tutuila, eran como esqueletos carbonizados, aún humeantes; mientras que, en torno a ellas, el mar hervía y su superficie aparecía materialmente cubierta de peces de todas las especies imaginables; muertos, flotantes.

Un viento huracanado casi separó a Erik de la muchacha morena. El descompuesto semblante de ella semejaba una máscara de terror, y, en sus constantes revoloteos, separándose y acercándose a Erik, parecía contraerse, distorsionarse, como si el terror interno del corazón de ella tuviera su máximo exponente en su faz.

Por suerte, Erik pudo, en una ocasión, sujetar la mano de la muchacha y atraerla hacia sí, mientras continuaban oscilando como frágiles hojas en medio del vendaval.

—¡Agárrese usted fuerte, mujer! —le gritó él, en español.

Y ella se aferró a la mano del hombre como se agarraría un náufrago a una tabla en medio del embravecido mar.

De aquel modo, volando por aires calientes, viendo alejarse la ola de fuego en el horizonte, pasaron sobre islas ennegrecidas, siempre contemplando allá abajo el mar hirviente y su sábana de peces y pájaros muertos.

Iban en dirección este-oeste, arrastrados por el ciclón huracanado que les llevaba a fabulosas velocidades, haciéndoles bajar a veces casi al nivel del hirviente mar, mientras otras les levantaba a alturas estratosféricas. De este modo pudieron ver, como si fuese desde un superbólido intercontinental, las islas Híbridas, Nueva Caledonia y, más allá, las costas de Australia.

Su paso aéreo y flotante sobre el Quinto Continente fue un sueño o una pesadilla horrible. Todo era negro: las sabanas, los bosques humeantes, las ciudades, los pueblos, cuyas construcciones habían desaparecido; sólo los ríos marcaban hilos de plata burbujeante en tal infierno.

Así, en un tiempo imposible de precisar, subiendo y bajando, la pareja recorrió miles de kilómetros, viendo deslizarse bajo ellos un mundo ennegrecido. Se remontaron al norte, cruzando Nueva Guinea, Filipinas, la India; luego, siempre hacia el noroeste, rumbo a la poblada y vieja Europa, sobre la que pasaron volando cada vez más aprisa, y en la que sólo vieron vestigios humeantes.

Erik tuvo la impresión caótica de ser algo así como el supervisor de la tragedia, del exterminio, de la aniquilación. Todo lo que vio, y por donde había pasado, precediéndoles, la ola de fuego, era destrucción, ruinas humeantes, cenizas…

En una ocasión, deslizándose sobre los Balkanes, Erik tenía muy cerca a su compañera, la joven desconocida de los ojos grandes. No se soltaban las manos. Y él le gritó:

—Estamos siendo testigos del fin del mundo.

—Sí —respondió ella—. ¿Y por qué volamos?

—Alguna fuerza sobrenatural nos sostiene. Yo he volado mucho sobre estas zonas, pero siempre empuñando los mandos de rápidos navíos aéreos o espaciales. Así, sin nada, a cuerpo desnudo, no había volado jamás. ¿Cómo se llama usted? Llevamos mucho tiempo juntos y todavía no sé quién comparte conmigo esta extraña aventura.

—Soy María Vélez. ¡Creí que me conocía! Todo el mundo me conoce…

—¡Claro que sí! Ahora caigo. María Vélez, la colombiana multicampeona… Tengo entendido que ostenta doce títulos de «recordwoman» mundial.

De súbito, todo se oscureció. El cielo y el mar desaparecieron. También desapareció la silueta negra de la tierra, bajo sus pies… ¡Y Erik no pudo ver a María Vélez!

¡No pudo ver nada!

Sus pies no pisaban nada, y se movían, como caminando sobre sutil bruma. El silencio era terrible, tan fuerte como si gritasen millones de voces junto a su oído hasta desgañitarse.

A oscuras, ciego, Erik continuó caminando hasta tropezar con un muro metálico e invisible. Sus manos, apoyadas en aquel frío obstáculo, resbalaron, como él, y cayeron, mientras buscaban un asidero. Y lo hallaron.

Fue como una barra, también invisible, que, al ser accionada, hizo descorrerse el muro que le impedía el paso. Ahora, en la negrura, vio el cielo estrellado. Un cielo inmenso, nocturno, donde refulgían millones de lejanísimas luminarias parpadeantes.

Y cuando las estaba mirando, poco a poco, las estrellas empezaron a apagarse. En pocos minutos, todas se habían apagado, excepto una que brillaba con fuerza inusitada, enviando un rayo de luz recto a los ojos de Erik Fugley.

¡Era una estela luminosa que marcaba una trayectoria en el infinito del cosmos!

Al mismo tiempo, Erik escuchó una voz que, sin saber de dónde procedía, le llamaba por su nombre:

«¡Erik, ven a buscarme! ¡Te espero, te necesito…! ¡Ven a por mí, te lo ruego, no me dejes!».

CAPÍTULO II

ERIK abrió los ojos —¡sus inteligentes ojos azules, ahora sin brillo!— y miró primero a la enfermera del cabello corto, según la moda. El aspecto de ella, su asombro y su boca abierta, no debió de gustarle, pese a que la lengua era un rosado apéndice, húmedo con el rocío de la saliva, y por esto miró primero al doctor Roubaix y luego al doctor Willow, el primero no tan asombrado como el segundo, y viceversa, lo que, entre los dos hombres de ciencia, hacía un asombro fuera de lo común.

—¡Ooooh! —exclamó Erik, llevándose una mano a la cabeza para mesarse sus bronceados cabellos.

—¡Increíble! —exclamó Willow; en inglés—. ¡Se ha recobrado! ¡Está vivo, nos ha visto!

Roubaix pareció saltar hacia Erik, al inclinarse sobre él.

—¿Puede oírme, coronel Fugley?

—Sí, doctor. ¿Qué me ha ocurrido?

—¡Eso mismo queremos saber nosotros! —exclamó Willow, interviniendo por el lado izquierdo del enfermo—. ¿Qué le ocurrió?

Ahora, mientras Roubaix le tomaba el pulso y la presión, Erik entornó los ojos.

—Acabé de cenar… Como siempre… ¡Y la cabeza me dio vueltas! Sentí un fuerte dolor, un gran mareo… ¡Oh, era algo enteramente nuevo! No lo había experimentado jamás.

—No hable —suplicó Roubaix—. No se fatigue, se lo ruego.

—Estoy bien. Me siento como si hubiera despertado de una noche de sueño reparador… ¡Ah, he tenido una pesadilla horrible!

—¿Qué ha soñado? —preguntó Willow.

—He soñado que una ola de fuego venía hacia mí, cubriendo todo el océano. Yo estaba de vacaciones en Pago Pago cuando llegó la ola. Una mujer, vestida de blanco, se acercaba, descalza, por la playa… ¡Era María Vélez, la multicampeona olímpica! ¿Qué extraño, verdad?

—Cualquier hombre soñaría con una mujer como María Vélez —habló la enfermera, con un deje de resentimiento en el tono de su voz—. Es una mujer fantástica… ¡De las que reciben medio millón de proposiciones matrimoniales cada día!

Los dos médicos y Erik se habían vuelto a mirar a la enfermera.

—¿De veras? —preguntaron Roubaix y Willow a un tiempo.

Erik Fugley se había incorporado con el torso desnudo y también miraba a la enfermera como si la viera por vez primera.

—Sí, desde luego —dijo—. ¡Es una mujer maravillosa! Con ella he volado sobre medio mundo y he visto la tierra calcinada y ennegrecida. ¡Todo había desaparecido!

Erik se detuvo para tomar un cordial que le facilitó Roubaix, y luego, más confortado, como si no hubiera estado varios días en estado inconsciente, explicó su sueño, al que, naturalmente, los dos hombres de ciencia no hicieron el menor caso.

Cuando terminó, Roubaix dijo:

—Le someteremos a un reconocimiento a fondo, coronel Fugley. Aunque, estoy por decir, que su aspecto es ahora normal. Parece mentira lo preocupados que hemos estado por usted. Con sinceridad, ¿cómo se encuentra?

—Bien, bien… ¿Les ha preocupado mucho mi estado? —inquirió Erik, con ingenuidad.

—Por si no lo sabe, le diré que ha estado cuatro días sin conocimiento.

—¡Cuatro días! ¿Qué día es hoy?

—Veinte de diciembre.

—¡No! ¡Es fantástico! —exclamó Erik—. ¿Y a qué atribuyen ustedes este prolongado sueño?

Roubaix denegó con la cabeza.

—Aún no sabemos a qué atribuirlo. Desconocemos las causas que han motivado su extraña afección onírica. Es un curioso caso patológico, cuya etiología no hemos podido conocer, pese a enviar imágenes de su estado a los centros médicos más importantes del mundo, para lo cual hemos utilizado ondas televisadas de frecuencia Ultra-1.000, en colores naturales. Y no ha habido científico alguno en ninguna parte que nos haya dado la más mínima idea.

—Incluso han venido eminentes médicos de París, Nueva York, Madrid y Londres —agregó Willow—. Y no hemos conseguido averiguar nada. Sólo sabemos que su cerebro padecía algo así como atrofia neurálgica, o sea que los nervios motores no funcionaban. El resto de su organismo funcionaba perfectamente.

—¡Qué curioso! —musitó Erik Fugley, perplejo—. Es lo más absurdo que me ha ocurrido en mi vida, pues les diré algo, señores… ¡Jamás había tenido un sueño de esa clase!

* * *

Cuando el general Gresham, comandante en jefe de la Base Espacial de las Naciones Unidas en Monte Olsen, supo la noticia, abrazó efusivamente a su joven y hermosa secretaria, a la que besó en ambas mejillas. Luego, dejando atónita a la muchacha, salió corriendo hacia el hospital, o clínica-laboratorio, en donde halló al coronel Fugley vistiéndose como de costumbre.

—Pero, coronel, ¿qué le ha ocurrido?

—Eso quisiera saber yo, señor —respondió Erik, cuadrándose militarmente y saludando—. Sólo sé que he tenido un sueño… ¡Algo así como una premonición del Apocalispsis!

—¿Cómo?

Erik volvió a explicar su sueño al asombrado Gresham, quien,

dicho sea con propiedad, no prestó mucha atención. Lo que a él le interesaba era que Erik Fugley se había restablecido. Y por esto preguntó:

—¿Y cómo se encuentra ahora?

—Perfectamente, señor.

—¿Preparado para el viaje a Plutón?

—En efecto, señor. Más entusiasmado que nunca.

—¡Bravo! —Gresham palmoteó la espalda de Erik, satisfechísimo.

Y no era para menos. El prestigio del general Gresham estaba comprometido en el viaje de socorro a Plutón, donde un grupo de científicos y obreros terrestres dependía del auxilio contenido en la espacionave «Vaugh-U.N-102-20».

—No se ponga malo otra vez, coronel.

—Eso espero, señor —replicó Erik, recordando el mareo y el angustioso dolor de cabeza que precedió a su desvanecimiento—. No me gustaría pasar de nuevo esa experiencia.

* * *

Sin embargo, a la noche siguiente, en la base subterránea de autobólidos, a donde Erik había ido a despedir a varios doctores que regresaban a sus países de procedencia, tras haber comprobado que el astronauta se encontraba de nuevo en óptimas condiciones, la cabeza empezó a girarle de nuevo.

Precisamente, Erik estaba hablando con un médico colombiano, el doctor Carranza, de la Universidad Nacional, y el tema de la conversación nada tenía de científico.

—Dígame, doctor Carranza —Erik hablaba en español—. ¿Cómo es María Vélez?

—¡Ah, mi querido coronel Fugley! Nuestra multicampeona es un ángel. La mujer más maravillosa del mundo. Y se lo digo yo, que la conozco muy bien. Precisamente, yo la atendí en la última Olimpíada, cuando efectuó su fantástico salto de pértiga,

aventajando en casi un metro al campeón masculino. Es «recordwoman» en cuatro especialidades de natación, en carreras, en salto de altura y pértiga y en atletismo… ¡Una formidable mujer, joven e insuperable!

—He visto algunas filmaciones de ella —dijo Erik, empezando a sentir un leve malestar—. Pero nunca la he visto en persona.

—Pues es una lástima, coronel Fugley. No tendría inconveniente alguno en presentársela… ¡Pero ya no tendrá usted ocasión de conocerla! Cuando vuelva de su viaje a Plutón, dentro de treinta años o tal vez más, ¡Dios sabe dónde estará María Vélez!

—Si… ¡Dentro de treinta años! El mundo y sus habitantes habrán cambiado mucho para entonces.

—No se queje, coronel. Usted, en hibernación durante todo ese tiempo, seguirá como hasta ahora. Créame que le envidio.

—Me gustaría ver a María Vélez antes de irme —dijo Erik, empezando ya a sentir el mareo.

El doctor Carranza se dio cuenta y le preguntó, sujetándole del brazo:

—¿Qué le ocurre? ¿No se encuentra bien?

—Yo… No sé… Parece que vuelve otra vez…

Y cayó sin sentido, ante la consternación de los científicos que estaban a punto de marcharse en sus autobólidos.

Inmediatamente, acudió el doctor Roubaix y ordenó el traslado de Erik a su clínica-laboratorio. También se avisó al general Gresham, quien, al saberlo, sufrió un sofocón y quedó anonadado en su silla giratoria.

Pero, en esta ocasión, la extraña enfermedad de Erik Fugley no iba a seguir los mismos derroteros que en días anteriores, aunque, en apariencia, los síntomas eran los mismos. Y fue que, a los pocos días, cuando la enfermera del cabello corto dormitaba en su mesa desplazable, Erik abrió los ojos y miró en torno suyo de modo alarmado.

Esta vez, ninguna pesadilla había turbado su sueño. Pero la primera, en la que se vio revoloteando sobre un mundo carbonizado en compañía de una mujer, estaba más vívida que nunca en su mente.

Como un autómata, Erik se levantó.

A la luz difusa de la salita, bajo el calor tibio de los rayos

infrarrojos, Erik se vio, musculoso y alto, vestido sólo con un breve «slip». Le habían quitado sus ropas y estaba casi desnudo.

Sin embargo, Erik, moviéndose como un felino, fue al armario de cristal, cuya puerta se abrió en silencio ante el influjo de su proximidad, y allí, sobre los transparentes anaqueles, vio su uniforme de coronel de las Fuerzas Espaciales de las Naciones Unidas.

Ante la mesa desplazable, la enfermera de los cabellos cortos seguía durmiendo.

Una vez vestido, Erik hizo una mala acción. Lo hizo influido por una necesidad subconsciente, casi ajena a su voluntad, como si sus actos estuvieran dirigidos como los de un robot doméstico.

Y fue que desenfundó la pistola que había en el anaquel, dentro de una recia funda aislante, la empuñó y reguló el disco superior, disminuyendo los efectos de la descarga. Aquella preciosa arma era capaz de lanzar un rayo invisible hasta una distancia de media milla. Y el rayo, regulable, podía dejar insensible a un ser humano por unas horas, o bien desintegrarle, si el disco de disparo se situaba a la máxima potencia.

Al disparar sobre la dormida enfermera, Erik había fijado el disco a una posición de efectos mínimos. Con aquella carga invisible, la muchacha continuaría durmiendo cinco o seis horas más.

Luego, volviendo a enfundar la pistola, que colocó en su cápsula aislante, sobre el estómago, se dirigió a la puerta, que se abrió al acercarse. Salió y la puerta se cerró sola.

Erik efectuó un extraño rodeo para no ser visto. Conocía muy bien las instalaciones de la base espacial y empleó un ascensor auxiliar que le llevó a cincuenta metros de profundidad, al último piso, en donde estaban instaladas las calderas de la calefacción. Allí, él lo sabía, apenas bajaba nadie. Pero las galerías comunicaban con todas las dependencias de la base. Del sótano, por así decir, de la clínica-laboratorio del doctor Roubaix, pasó al sótano de los depósitos, y por un túnel, donde sus pasos resonaban de modo lúgubre, se deslizó hacia el piso inferior de los talleres de reparaciones.

Allí, para no perder más tiempo, tomó un rápido ascensor neumático y subió arriba. Cruzó una gran nave silenciosa, en la que

se montaban varios cohetes espaciales, y de este modo llegó a la estación de autobólidos.

Había vigilancia. Dos hombres charlaban dentro de una garita, mientras tomaban unas copas. Erik, siempre como un autómata, se acercó con gran sigilo, ocultándose en los plateados coches voladores, capaces de viajar por el aire, gracias a sus retropropulsores, por tierra o dentro del agua, y se acercó a la garita. A cubierto del morro puntiagudo de un autobólido de cuatro plazas, Erik sacó la pistola insensibilizadora y apuntó a la garita.

Una ligera presión sobre el disparador, y los dos hombres que departían dentro de la garita cayeron al suelo, como fulminados. En realidad, sólo estaban inconscientes. Pasadas unas horas, se recobrarían sin haber sufrido el menor daño.

Inmediatamente, Erik avanzó hacia la garita, penetró en ella y se acercó a un panel de control. Pulsó dos conmutadores, con lo que se encendieron dos luces verdes; acto seguido, Erik salió rápidamente, tras saltar sobre los inconscientes vigilantes, para dirigirse hacia un autobólido color azul, en cuyos costados aparecían pintadas dos rayas rojas, longitudinales.

El autobólido era propiedad particular de Erik Fugley. Y en él se introdujo, por una cavidad inferior del fuselaje, tomando asiento en una pequeña plataforma, la cual ascendió, y así, Erik quedó sentado ante los mandos.

La abertura inferior se cerró automáticamente y el autobólido quedó en disposición de despegar, cosa que podía realizar en todos los sentidos, vertical, horizontal o de costado.

Se vio precisado a provocar algún ruido, pero aquella especie de garaje de autobólidos estaba acondicionada contra ruidos. Sus gruesas paredes acolchadas amortiguaban el estruendo de los motores a reacción.

Erik aún esperó unos segundos, para que, sobre su cabeza, se abriera en el techo el espacio suficiente para permitirle el paso; cuando vio que era factible, arrancó su autobólido del suelo.

El vehículo ascendió hacia el agujero por el que entraba un frío tremendo, procedente del exterior, pues incluso Erik lo sintió, pese a encontrarse en su cabina hermética, provista de aire acondicionado. Un instante después, el autobólido rugía sobre el helado paisaje y tomaba rumbo a Sudamérica. Desde el punto en

que se encontraba la Base Espacial, en el mismo centro polar, cualquier rumbo llevaba forzosamente hacia el norte.

Pero el destino de Erik Fugley estaba en Bogotá.

Si alguien le hubiese preguntado en aquel momento qué se proponía hacer en la capital de Colombia, seguramente se habría encogido de hombros. Obraba como sojuzgado, de un modo mecánico; pero sabía muy bien lo que estaba haciendo. Incluso sabía lo que iba a ocurrir en cuanto se supiera que había huido de la base de modo tan extraño.

¡Su orden de captura sería transmitida a todo el mundo en un abrir de ojos!

Pero cuando se descubriera su escapada, Erik ya esperaba estar en Bogotá; viendo a María Vélez. Sólo quería verla y preguntarle si ella había tenido el mismo sueño que él. Nada más.

Y por esto, Erik arriesgaba el aplazamiento indefinido de un viaje a Plutón, lo cual sólo podía significar la muerte irremisible de un puñado de hombres abandonados sobre los hielos eternos de un planeta metálico por completo.

¿Estaba loco Erik?

¿A qué se debía su insólita enfermedad? ¿A qué se debía su sueño?

Sólo un hombre, en todo el Universo, podía contestar a estas preguntas. Un hombre tan extraño como el sueño o la enfermedad de Erik, que vivía en una gruta, en los montes del Himalaya, y que se llamaba a sí mismo «El Olvidado de Dios», conocía el móvil que guiaba los pasos de Erik Fugley hacia Colombia.

Un ermitaño, con diez mil años de existencia, que yacía como aletargado en el interior umbrío de su caverna, era poseedor de la verdad… ¡La verdad acerca de la fabulosa «Máquina de los Antiguos Sabios de Tribia»!

¿Qué mítica historia era ésta?

* * *

Erik tomó tierra en la ribera derecha del río San Agustín, a dos kilómetros de la capital. El cielo empezaba ya a teñirse de gris, presagiando un claro amanecer. Y en todo lo que abarcaba la vista, el astronauta noruego no había visto un alma viviente. Vio, eso sí, fincas rurales y chalets, estilo colonial español, y por los amplificadores conectados al exterior escuchó cantar un gallo en la distancia.

A marcha lenta, llevó su vehículo hasta un cañaveral y allí se detuvo. Tomó un abrigo verde que tenía en un armario, detrás del asiento del piloto, y pulsó un conmutador. Inmediatamente, el asiento descendió, y Erik se encontró pisando las cañas verdes y aplastadas por el autobólido.

Agazapado, salió del aparato y abandonó el cañaveral. Antes de alejarse por una especie de senda, volvió el rostro, comprobando que el vehículo estaba bien camuflado entre las altas cañas.

—Ahora —musitó Erik, en voz baja—, vamos a ver dónde vive esa campeona de todo. Alguien me informará.

Caminó por la senda hasta alcanzar la cima de un otero, desde el cual se divisaba la capital fundada por Jiménez de Quesada, en 1538. El día había clareado ya y, aunque todavía no asomaba el sol, se distinguía muy bien el paisaje.

Cerca, bajo el otero, discurría una moderna carretera. Junto a ella, por un camino de carros, un tractor, conducido por un campesino, avanzaba despacio, arrastrando un remolque cargado de sacos de simallas, o algo análogo.

Erik empezó a descender por la ladera, en sesgo, para alcanzar al remolque. Calculó bien, pues el vehículo agrícola llegó ante él, en el mismo instante en que Erik, el gigante noruego de los cabellos broncíneos, saltaba al camino.

—¿Eeeh? —exclamó el campesino colombiano al ver salir a Erik de entre los matorrales.

—Buenos días, buen hombre —saludó Erik con cordialidad, cubierto su uniforme con el abrigo verde—. Perdone si le he sorprendido. Creo que ando desorientado.

—Sí… Me ha sorprendido. Suerte que ya no quedan bandidos por estos lugares… ¿Dice que se ha perdido?

—Pues, sí. Soy forastero y… Bueno, busco la residencia de la señorita María Vélez.

—¡Ah, vamos; un periodista! No hay forastero que no venga a ver a nuestra multicampeona… ¡Ah, pero no podrá verla, aunque el «Pinar Bajo» no está lejos de aquí! No le dejarán pasar.

—Necesito verla —suplicó Erik.

—Mire, hombre. ¿Ve usted aquellas casas de allá? —El campesino se volvió en su asiento del tractor indicando a un punto apartado de la ciudad—. Detrás, a unos veinte minutos de marcha, está la finca de «Pinar Bajo». Allí se entrena María Vélez todos los días del año. Su finca es un gran estadio y, entre los pinos, ella corre y salta, siempre alejada de la gente que curiosea por allí. Apuesto a que ahora está ya ejercitándose.

—Gracias, amigo… Muchas gracias.

Y Erik se alejó a buen paso, agitando la mano.

Un hombre corriente habría tardado veinte minutos en recorrer aquel trayecto, Erik sólo empleó diez. Y la alambrada electrificada que vio en torno a la dilatada pineda le indicó que había llegado a su destino.

Eran las ocho de la mañana y el sol empezaba ya a teñir de rojo el horizonte más allá de la Cordillera Oriental, que se distinguía a lo lejos.

También vio Erik muchos curiosos, provistos de cámaras fotográficas con teleobjetivos. Pero nadie prestaba atención a nadie. Él, siguiendo un sendero asfaltado, se dirigió hacia la entrada de la finca. Y allí se detuvo ante cuatro robustos porteros, armados con pistolas automáticas de balas corrientes.

—No se acerque más, amigo —dijo uno.

Erik se acercó, diciendo:

—Quiero ver a la señorita María Vélez.

Los cuatro porteros se miraron, como sorprendidos. Pero su sorpresa fue mayor, cuando, detrás de ellos, sonó una voz femenina:

—¡Dejadle pasar!

CAPÍTULO III

ERIK miró por entre los cuatro armados porteros y, detrás de la verja de hierro, vio a María Vélez. La reconoció en el acto, aunque la atleta llevaba el cabello recogido con una banda elástica y un moño, y vestía un equipo de gimnasia compuesto de «sweter» y pantalón ajustado.

Sin embargo, su semblante era tan hermoso como Erik lo había visto en su extraño sueño.

Se acercó el astronauta y los vigilantes se apartaron. Uno de ellos abrió la puerta y Erik pudo ver a María frente a él, sin impedimento alguno.

—Buenos días, María. Era preciso que la viera inmediatamente.

—Sí —respondió ella, extendiendo su pequeña pero fuerte mano para estrechar la de él—. Yo estaba segura de que vendrías.

El tono de la voz de ella era profundo, grave. No sonreía ni la expresión de su hermoso semblante dejaba traslucir ninguna emoción.

—Entonces, ¿no fue un sueño?

—No sé lo que me ha ocurrido, Erik Fugley —¡Ella había pronunciado el nombre de él, sin haberle visto nunca!—. Pero ven… Mi casa no está lejos.

Ella indicó el paseo asfaltado que se extendía entre los pinos.

Sin hablar, Erik se situó al lado de María y avanzaron por el camino, alejándose de la verja, bajo la asombrada mirada de los vigilantes.

Primero, la pareja pasó ante una larga piscina descubierta, en donde había una palanca de saltos. Detrás se extendía un terreno verde y despejado, en el cual solía entrenarse la atleta. Por todas partes, a cubierto de los pinos, se veían instalaciones deportivas, trampolines, barreras, potros, etc., etc.

Y más allá, sobre una elevación del terreno, que había que salvar ascendiendo varias escalinatas de mármol negro, se alzaba una preciosa edificación modernísima, con muros de cristal opaco, habitaciones giratorias, de modo que siempre estaban orientadas al sol sus ventanas y claraboyas, y de un gusto refinado. Las flores, artísticamente distribuidas, daban a la vivienda un aspecto magnífico. Arquitectos y decoradores se habían esforzado en crear un ambiente agradable y acorde con el gusto de la atleta multicampeona.

—Preciosa casa —no pudo por menos que exclamar Erik.

—¿De veras te gusta? A mí también —respondió María. Y añadió en tono sombrío—. ¡Lástima que haya de desaparecer!

Él se detuvo para volverse a ella.

—Entonces, ¿crees que…?

—No hay equivocación, Erik. Tanto tú como yo sabemos lo que va a ocurrir. Hace una semana me sucedió algo extraño… ¡Me desmayé y he estado cuatro días inconsciente!

—Yo también.

—Lo sé. Al recobrarme, sólo recordaba un extraño sueño. En él, tú y yo habíamos visto la ola de fuego que arrasará el mundo. Luego, revoloteando, vimos la Tierra destruida.

—Sí, sí… —habló Erik, febrilmente.

—Y cuando supe que el astronauta Erik Fugley estaba enfermo en la Base Espacial que las Naciones Unidas tienen en la Antártida, comprendí que ambos habíamos padecido la misma enfermedad. Al recobrarme ayer, mi médico estaba como loco. No sabía qué hacer ni qué decir. Por suerte, no había hablado con nadie. Se limitó a sentarse junto a mi lecho esperando mis reacciones. Él fue quien me dijo que tú sufrías la misma dolencia que yo.

—¿Y me esperabas?

—Sí. Estaba segura de que vendrías. Te llamé en sueños. Por suerte, tanto tú como yo somos conocidos mundialmente. He visto tu fotografía en múltiples revistas de Astronáutica y Aviación. ¿Has desayunado ya?

—No. Escapé anoche de la base espacial y aún no he comido nada. ¿Volviste a perder el sentido después de la primera vez?

—No —contestó ella—. Y estos tres días no hago más que esperarte.

—¿Has hablado con alguien?

—Sólo con el doctor Ribera. Pero él no se lo ha dicho a nadie. Vive aquí, en esa dependencia.

Sin saber por qué, Erik sintió cierto disgusto al saber que un hombre vivía con María. También vivían los cuatro porteros que había visto en la puerta, otros seis que vigilaban la alambrada desde el interior, y que Erik aún no había visto, y un equipo de servicio, masajistas, cocinero y cuidadores. Una campeona como María Vélez necesitaba mucha gente que la cuidara y protegiera de la curiosidad pública.

En cuanto entraron en el vestíbulo, amueblado al gusto más refinado de la época, Erik conoció al doctor Ribera y al entrenador de la atleta, Anselmo Corza, un ex campeón de atletismo. Los dos hombres, ambos de cierta edad —lo cual disipó en parte los temores del astronauta noruego—, estaban desayunando junto a una ventana y se pusieron en pie al verles entrar.

—Señores, éste es…

—¡El coronel Erik Fugley! —exclamó Corza, el entrenador.

El doctor Ribera y él se pusieron en pie y estrecharon la mano a Erik.

—Les acompañaremos a desayunar —dijo María.

—Pero… ¡No debe usted comer ahora! —protestó Corza.

—¿Me entreno, acaso? Tengo el nefasto presentimiento de que ya no será preciso que me entrene más, querido Anselmo… ¡No, no digas nada! Prueba de que no estoy loca es que Erik Fugley ha venido.

—Entonces, el sueño… —empezó a decir el doctor Ribera.

—Yo también vi la ola de fuego, doctor —dijo Erik, muy serio—. Desconozco aún lo que me sucedió. Pero presiento que en esto hay

algo sobrenatural, ¡algo que escapa a los dominios de la ciencia!

—No me diga que un hombre como usted es supersticioso —casi rió el médico.

Erik fue a responder con acritud, pero la aparición de una encantadora y uniformada doncella, surgiendo como a través de un cristal oscuro, le hizo callarse. Fue María la que habló:

—Donna, desayuno para dos. ¿Qué quieres tomar, Erik?

Al médico y al entrenador les sorprendió el trato familiar que la campeona daba al gigante astronauta. Pero no dijeron nada.

—Zumo de frutas, leche, pan tostado y un buen bistec con verdura.

—¡Sorprendente! —exclamó María—. Un astronauta tiene los mismos gustos que una atleta. ¿No es muy divertido?

—Sí. Pero yo necesito una dosis tipo seis —sonrió Erik—. Soy mucho más grande que tú.

Todos sonrieron. La doncella se retiró y los cuatro se sentaron a la mesa. El doctor Ribera pulsó un conmutador y la mesa se alargó, surgiendo del suelo dos nuevos asientos con muelles.

El desayuno no tardó en llegar, servido por dos preciosas camareras. Y, en efecto, la ración de María fue más pequeña que la de Erik.

Mientras comían, Anselmo Corza preguntó:

—Pero ¿qué ocurre?

—Ya le dije, mi querido amigo —habló el doctor Ribera—, que no puede usted saberlo.

Erik y María se miraron. Fue ella la que habló, volviéndose a su entrenador:

—Anselmo, si te explico lo que ocurre, no vas a creerme, porque yo tampoco lo creo. Así, pues, ¿para qué quieres saberlo? Por ahora, mientras llega el momento, podemos tomárnoslo con calma. ¿Qué les parece si esta noche, para celebrar la Nochebuena, damos una fiesta privada?

—Recuerda que has sido invitada por el Presidente —observó Anselmo.

—No pienso ir a ninguna fiesta fuera de casa. Este año, la Navidad y el fin de siglo lo celebraré aquí, con vosotros. Quizá sea la última vez que nos veamos… ¿No sería conveniente decírselo al mundo entero, Erik, para que la gente no se divierta tanto?

Erik no respondió al momento, limitándose a mirar a su plato. De pronto, mirando al incrédulo Anselmo Corza, preguntó.

—¿Qué diría usted si le dijéramos que se va a terminar el mundo?

—Con sinceridad, coronel Fugley, me echaría a reír.

—Ahí tienes la respuesta, María —concluyó Erik—. Eso es lo que harían todos si les decimos lo que va a ocurrir.

—Ayer estuve pensando algo singular —dijo María a continuación—. Me pregunté, ¿por qué hemos sido nosotros dos los elegidos? ¿No tendrá esto algo que ver con tu profesión?

—Yo también lo he pensado. ¿Quieres que tomemos un «Vaugh-U.N-102» y nos vayamos de aquí antes de que estalle todo?

Erik sacudió la cabeza negativamente. Dijo:

—No es eso. Aún no he comprendido el misterio. Pero sé positivamente que no hemos sido elegidos para huir. Lo que sea, ya lo sabremos. Ahora debemos esperar… Lo malo es que la policía pronto empezará a buscarme. Confío en que a nadie se le ocurra venir aquí.

—¿Has hablado a alguien de mí?

—Expliqué mi sueño a varios médicos, pero nadie creyó que fuese cierto lo que dije. Lo atribuyeron a una pesadilla. Pero el general Gresham puede enviar un aviso a Bogotá y la policía vendrá a indagar.

—Te esconderemos. No te irás de aquí hasta que hayamos recibido instrucciones.

Ni que decir tiene que, tanto el doctor Ribera como Anselmo Corza, no comprendían nada de aquella conversación. Y tampoco comprendían el motivo por el cual Erik Fugley había huido.

¡Lo peor era que tampoco lo comprendían los propios interesados, Erik y María!

* * *

Fue una inolvidable víspera de Nochebuena. Durante todo el día,

en «Pinar Bajo» se estuvieron haciendo preparativos para la fiesta. En primer lugar, el doctor Ribera había llamado al secretario del Presidente colombiano, general Salinas, diciéndole que María Vélez estaba en cama algo indispuesta y no podía acudir a la fiesta ofrecida en el palacio presidencial.

No obstante, en el salón fue instalado un árbol de Navidad, en cuyas ramas colocaron regalos para todos los amigos y servidores de la multicampeona. Incluso Erik Fugley, el único forastero allí, y al que todos miraron de reojo al principio y luego con simpatía, al tratarle y conocerle, tuvo su regalo: un primoroso anillo que contenía una minúscula pero potente radio, fabricada por un artista japonés.

—Esta radio puede servirte algún día en la soledad del espacio, Erik —le dijo María al entregárselo.

—¿Crees que llegará el día en que pueda recordar que tú me lo has regalado? —preguntó él, triste.

—¿Quieres olvidarte ahora de eso?

Para la fiesta, María se había vestido con un elegante traje de noche, en raso blanco, que refulgía de lentejuelas. Todos los empleados y servidores de la casa también vestían sus mejores galas. Erik, por su parte, llevaba su uniforme de coronel de las Fuerzas Espaciales de las Naciones Unidas.

Y cenaron alegremente. Luego bailaron, bebieron y se divirtieron.

Cuando la fiesta estaba en su mayor bullicio, María buscó a Erik, que estaba sentado en un sillón, rodeado de cuatro lindas doncellas, ahora sin sus tocas ni uniformes, hablando en tres idiomas distintos, pues una era norteamericana, otra francesa y dos sudamericanas.

—Chicas, lo siento —dijo María, riendo—. Pero Erik es mi huésped particular.

—¡Oh, no hay derecho; esto no es democracia! —protestó Donna, la estadounidense.

—Yo también lo siento, preciosas —se disculpó Erik—. Sois muy bonitas, pero mi anfitriona me reclama.

Ante el disgusto de las doncellas, María y Erik salieron a una terraza exterior. Allí, acodados en la barandilla, ambos permanecieron en silencio, mirando a los oscuros pinos.

—Erik —dijo María, de pronto—, bésame.

Él se volvió, la tomó en sus brazos y la besó con pasion. Una sensación entre grata y dolorosa le sacudió. Era la primera vez en sus treinta años que Erik besaba a una mujer. ¡Y ahora tenía la suerte de hacerlo a una mujer maravillosa!

—Te quiero, Erik —murmuró ella, buscando hueco en el robusto pecho de él.

—¿Estás segura?

—Siempre he soñado con ser la mujer más fuerte, más rápida y más ligera del mundo, Erik. ¡Qué tontería! ¿Verdad? ¿Crees que lo he conseguido?

—Todo el mundo lo sabe. ¿Y qué tiene eso que ver con el amor que dices sentir por mí?

—Tonto, grandote… He cambiado rápidamente de conversación. Yo misma he comprendido que no puedo amarte. Y, sin embargo, presiento que estoy unida a ti aun en contra de mi voluntad. ¿Por qué?

—Es mejor que continuemos bailando, María. No podemos responder a tantas preguntas. Yo he pensado si no habremos estado fuera de nuestra dimensión mientras duró la enfermedad que padecemos.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé —murmuró él.

Sus labios volvieron a encontrarse. Erik aventajaba a María casi dos cabezas, pues ella, pese a sus magníficas proporciones, era una muchacha de estatura normal, mientras que el noruego casi medía dos metros.

Y ella murmuró con apasionamiento:

—Bésame con toda tu alma, Erik. Si hemos de morir, gocemos de la existencia… ¡No pueden quedarnos muchos días!

* * *

En efecto, la «Máquina de los Antiguos Sabios de Tribia» continuaba su marcha inexorable en el tiempo. Un corazón

mecánico latía dentro de ella, sincronizado a través del espacio y el tiempo, con el «Olvidado de Dios», que en su gruta de Sham-sang, se concentraba ya para despertar de su ancestral sueño.

La fecha final, decisiva y suprema, estaba cerca. Un reloj inmutable iba acercando sus invisibles agujas a un cero absoluto… ¡El vacío estaba cerca, muy cerca!

A las doce de la noche del día 31 de diciembre de 1999, al finalizar el siglo XX, el reloj del destino cerraría su circuito, y la «Máquina de los Antiguos Sabios de Tribia» cumpliría su misión aniquiladora.

¡Todo había sido previsto millones de siglos atrás!

Todo había sido calculado con fantástica precisión, todo estudiado, analizado, incluso los obstáculos que habían de vencer la pareja para salvar a la humanidad del holocausto.

¿Y qué era, a qué obedecía, qué móvil tenía tal misión?

¿Iba a destruir al Universo, envuelto en lenguas de fuego?

Sí, quizá sí.

Sin embargo, par encima de todo lo imaginable, está el poder de Dios. ¡Y desventurados los hombres cuando pierden la fe en el Sumo Hacedor, entonces ya no hay salvación posible para ellos!

* * *

Ocho días pasaron pronto. Fueron días de fiesta, de regocijo. Incluso María Vélez y Erik Fugley llegaron a olvidarse de su sueño. Se habían encontrado, habían comido, bebido y bailado juntos… ¡Y se amaban! Esto era lo importante.

En «Pinar Bajo» había cambiado radicalmente la vida de sus moradores. Las doncellas, camareras y cocineras flirteaban con los jardineros, cuidadores de pistas, porteros y entrenadores. El amor y la alegría era el común denominador en aquellos días de despreocupación.

Por otro lado, la policía de Bogotá había estado allí. Un comisario habló con María para comunicarle que había recibido

órdenes de registrar la casa, por si el coronel Erik Fugley estaba escondido en ella.

—¿Aquí? ¡Vamos, comisario! ¿Por quién me ha tomado? —María fingió de maravilla—. Usted sabe muy bien por qué tengo una alambrada electrificada y pago a diez vigilantes. De no ser así, la curiosidad pública acabaría conmigo… ¡Y, por ahora, no quiero ocultar a ningún hombre!

La policía se retiró. Y en «Pinar Bajo» continuó la fiesta. La más importante era la de fin de siglo. En todo el mundo se disponían a celebrar el fin de una época. Se habían anunciado grandes festejos en toda la geografía. María Vélez, la multicampeona, también quería celebrarlo con los suyos.

A la fiesta de fin de siglo había invitado, particularmente, a tres familiares suyos, su hermano y dos tíos, puesto que no tenía padres y rechazó todas las invitaciones oficiales que le enviaron del gobierno y de los centros deportivos más importantes del mundo.

—¡Esta noche es la fiesta de los míos! —había dicho María.

¡Y, en especial, su fiesta con Erik Fugley!

Había decidido casarse con él dentro de un mes. Pero algo se interponía entre ellos. Erik era un desertor. ¿Qué iba a ocurrir?

Precisamente, aquella misma tarde, los «videos» de todo el mundo habían enviado la noticia de que otro astronauta, un hombre de la capacidad de Erik Fugley, había sido lanzado hacia Plutón, a bordo de la espacionave «Vaugh-U.N-102-19», dado que no se podía esperar más tiempo a que reapareciera Erik Fugley.

Esta noticia tranquilizó la conciencia del noruego. Conocía a Swiss Volvi, su sustituto, y estaba seguro de que cumpliría perfectamente su misión. Ya, durante la misteriosa enfermedad de Erik, el general Gresham había recurrido a las Naciones Unidas, pidiendo el envío del segundo astronauta mejor del mundo para reemplazar al enfermo.

Ahora, las circunstancias habían obligado a enviar al sueco Volvi. Y Erik se dijo que, si el mundo no era destruido, como él estaba seguro de que ocurriría de un momento a otro, su colega auxiliaría a la misión que aguardaba en Plutón. En cuanto a su situación, con decir que había huido de la Antártida por considerarse incapaz de afrontar treinta años de hibernación, todo podría arreglarse. No era ningún delito huir. En el terreno militar,

podía considerarse como deserción. Pero Erik sabía que nadie en el mundo tenía fuerza legal para exigirle que fuese a Plutón, para volver, si lo conseguía, dentro de treinta años.

Así las cosas, al anochecer se inició en «Pinar Bajo» la gran fiesta de fin de siglo.

El champán corrió en abundancia durante la cena. Una larga mesa en el salón, servida de antemano por las camareras, permitió sentarse a ella a todos, incluso a aquéllas. No había que servir nada más. Sólo comer, beber y bailar. Se encendió la televisión y estuvieron escuchando las más famosas orquestas del mundo.

Y se hicieron brindis, se cantó, se rió, e incluso hubo quien perdió la cabeza, como Ernesto Vélez, el hermano de María, un ingeniero que había llegado de Buenos Aires, que corrió por la casa persiguiendo a las jubilosas doncellas.

En el calor de la fiesta, mientras bailaban en un rincón, entre gritos y vítores, María se abrazó a Erik y musitó en su oído:

—Abrázame fuerte, Erik. Presiento que esta alegría no durará mucho.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, muy sorprendido.

—Algo me dice que se acerca el temido momento, Erik. ¡Tengo un horrible presentimiento!

Él se echó a reír y la tranquilizó.

—¡Olvida el sueño! Bailemos… Toma —se detuvieron junto al bar—, bebe conmigo.

Bebieron hasta casi embriagarse. Otros, entre ellos Anselmo y el doctor Ribera, habían caído ya, borrachos, pero continuaban cantando.

¡Y el reloj eléctrico de la repisa se iba acercando inexorablemente a las doce de la noche!

¡El siglo XX estaba terminando!

CAPÍTULO IV


TENCIÓN, señoras y caballeros! —anunció en la gran pantalla visora colocada en el muro un presentador que lucía un gorro de papel—… ¡Dentro de unos instantes va a empezar el año 2000! En este «gong» que ven ustedes ahí, dos forzudos batidores van a golpear las doce campanadas con que despediremos el siglo XX para hacer nuestra gloriosa entrada en el XXI— ¡Qué gran momento este, amables amigos, hermanos, camaradas!

»Estamos transmitiendo a través de Mundovisión desde el Palacio que va a ser inaugurado, al filo de las doce de la noche, por el Secretario General, y que constituirá la nueva sede de las Naciones Unidas. Aquí estarán representados todos los pueblos, todos los países y razas. El día de mañana, como todos ustedes saben, ha sido dejado en blanco en el calendario. El día uno de enero del año 2000 no existe. Es fiesta mundial, que durará veinticuatro horas. Así pues, el día uno será pasado mañana. Y permítanme un chiste fácil. Les advierto a todas las madres que tengan la desventura de traer al mundo a sus hijos en esa fecha en blanco, no podrán celebrar su cumpleaños… ¡Ah, pero no se apuren! Las Naciones Unidas del Mundo adoptarán a esos hijos y

todos tendrán una gran carrera asegurada…

»¡Señoras y caballeros, atención! Me comunican que las doce están al caer. Faltan quince segundos.

En «Pinar Bajo», María Vélez miraba como hipnotizada la gran pantalla de colores. A su alrededor, todos levantaban sus copas de champaña.

—¡Va a nacer el siglo XXI! —gritó Ernesto Vélez, zafándose de los brazos de Donna, la doncella norteamericana, para subirse a un escabel—. ¡Preparados para brindar!

—¡Viva el nuevo siglo! —gritó una voz insegura.

Y en la pantalla visora, el locutor alzó también una gran copa de champaña, en la que podían caber más de cien botellas del burbujeante líquido.

—¡¡Señores, ya son las doce!! —gritó a todo pulmón.

María Vélez estrechó a Erik por la cintura. Su rostro estaba pálido. Tenía miedo. El corazón le latía con fuerza.

—Erik, tengo un miedo terrible… ¡Oh, mira!

Erik vio parpadear la luz. Fluctuó brevemente y la gran pantalla visora empezó a eclipsarse. Pero lo más insólito fue algo que tuvo lugar allí, en el salón, delante de ellos. Todos los personajes reunidos en la estancia se quedaron mudos, inmóviles… ¡COMO SI SE HUBIERAN CONVERTIDO EN ESTATUAS!

Y un silencio impresionante se adueñó al instante, cesando poco a poco el eco del primer golpe de «gong». La luz fue apagándose despacio.

—¡Erik! —chilló María—. ¡Ha llegado el momento! ¡Es el fin del mundo!

El astronauta noruego apartó a María y fue al tablero de interruptores que había junto a la puerta. Frenéticamente, pulsó el conmutador de averías, pero no ocurrió nada. Si se hubiese fundido un fusible, el «reparador» automático habría restituido la luz.

—¡Erik, por Dios! ¡No te veo! ¡Se ha ido la luz!

Erik extrajo su encendedor y presionó el botón. Surgió la llama vacilante y, a su débil claridad, pudo ver a María, blanca como la cera, mirando al doctor Ribera que estaba tendido en el suelo. Ante él, uno de los porteros, convertido en estatua, le tendía la mano, como para ayudarle a levantarse.

María, temblorosa, se acercó al portero, lo tocó… ¡y el hombre

se desplomó, como si estuviera muerto!

—¡No los toques! ¡No te acerques a ninguno! —gritó Erik.

También Ernesto Vélez, subido sobre el escabel, sostenía en alto su copa de champaña. A su alrededor, varias chicas del servicio parecían estar aún vitóreándole en silencio.

—¿Qué es esto? —preguntó María con voz trémula y desconocida.

Erik se le acercó y la rodeó con su brazo izquierdo sobre los hombros. Su voz, al hablar, tampoco era muy segura.

—Me temo que el sueño se ha cumplido, María. ¡Han muerto todos, fulminados en las mismas pasturas en que estaban! Sostén el encendedor, que voy a examinar al doctor Ribera.

Ella, con mano temblorosa, tomó la débil luz y Erik se arrodilló junto al caído doctor. Le puso el oído en el pecho y, después de unos segundos, sacudió la cabeza, murmurando:

—No le late el corazón. Está muerto.

El examen de algunos otros condujo al mismo resultado. Sin embargo, las figuras espectrales, al ser tocadas, se derrumbaban de un modo extraño, como si fueran peleles inanimados.

—¡No los toques, por Dios! —rogó María, al borde de la histeria —. ¡Vámonos de aquí! ¡No lo resisto!

—¿No tienes alguna linterna? No podemos ir a oscuras por ahí.

—Sí, tengo algunas en mi despacho. Ven conmigo.

Seguida de Erik, María sorteó la confusión reinante en el salón y se dirigió a su despacho. Esta vez fue preciso empujar la puerta para abrirla, cuando antes se abría sola, al aproximarse alguien a ella.

A la luz del encendedor de Erik, pudieron ver a un jardinero abrazando a una de las camareras. Parecían vivir aún, saboreando el último beso de amor.

—¡Esto es fantástico! —exclamó María—. ¿Porqué no hemos quedado nosotros como todos ellos?

—Cuando sepamos a qué obedecía nuestro sueño, lo comprenderemos. Ahora hemos de irnos de aquí. Me temo que todo el mundo debe de estar igual… ¡Se ha terminado la vida al terminar el siglo!

María abrió un cajón de una mesa oculta en el muro y sacó dos potentes linternas de mano. Al presionar un botón, un chorro de luz rasgó las tinieblas.

—Toma, Erik.

Él tomó la linterna y la encendió. Luego, enfocó con ella a su alrededor.

—Vámonos de aquí. Ahora empieza nuestra misión —dijo él.

—¿Nuestra misión? ¿Qué misión? —interrogó ella.

—No lo sé. No me preguntes. Pero algo hemos de hacer. ¿Por qué, pues, nos han dejado con vida? ¿Qué extraña confabulación es ésta? Nos han elegido a ti y a mí, considerados como la mujer y el hombre más resistentes de la Humanidad. ¿No te has dado cuenta de eso, María?

—Sí… No hay mujer que me supere en atletismo —comentó ella, alumbrando con su luz, distraídamente, a la pareja del sillón reclinable.

—Y yo he superado todas las pruebas de resistencia a que han sometido a los astronautas. Nadie ha podido aventajarme. ¿No te dice nada eso, María?

—No, en verdad que no. Pero puede ser significativo… Y siento que ahora no tengo miedo.

—Estoy seguro de que sólo tú y yo hemos quedado con vida en el mundo…

¡Como para contradecirle, algo así como una voz silente y de tono hondo y esotérico, resonó sobre ellos!

—Yo también vivo… ¡Soy el «Olvidado de Dios»!

—¿Qué ha sido eso? —preguntó María, apretándose instintivamente contra Erik—. ¿Quién ha hablado?

El noruego no respondió. El haz de luz de su linterna recorrió todo el despacho, hurgando en la oscuridad tenebrosa que les envolvía.

—Yo, amigos «Elegidos» —habló de nuevo la misteriosa voz que parecía flotar en el aire enrarecido del despacho, Tenéis que buscarme… No puedo hablar tan fuerte, ni siquiera ahora que han callado todos… Tú, «Elegido-hombre», tomarás tu nave y vendrás a Sham-sang. Aquí, en mi gruta de las heladas montañas, te explicaré cuál es vuestra misión… No tardes, «Elegido-hombre»… Mi vida es corta… Me canso mucho…

—¿Dónde está Sham-sang? —preguntó Erik al vacío, mientras María, la fuerte y atlética María, se le abrazaba, temblando.

—En el Himalaya… Utiliza la radio de tu anillo… Él te guiará

hasta mí… No pierdas tiempo… Habéis de llegar uno de los dos.

La voz cesó bruscamente. Erik volvió el foco de su linterna hacia el rostro de María, haciéndola parpadear.

—¿Has oído? ¡Ésa es nuestra misión! Somos los elegidos. Vamos.

* * *

Fuera del «Pinar Bajo», el silencio más intenso y la oscuridad más espectral lo invadía todo. En el cielo se habían apagado incluso las estrellas. Era como si negros nubarrones lo cubriesen todo.

Y, al caminar sobre la dura y helada tierra, sus pasos sonaban de un modo agorero y siniestro.

María se había puesto un traje-pantalón, ajustado y caliente, que le permitía todos los movimientos necesarios. Erik vestía el abrigo verde sobre el uniforme de las Fuerzas Espaciales de las Naciones Unidas. Al cinto, bajo el abrigo, llevaba su pistola insensibilizadora.

En las manos, ambos empuñaban sendas linternas.

—No te separes nunca de mí, María —había suplicado Erik antes de emprender la marcha—. Cualquier cosa que sea lo que debamos hacer, hemos de hacerlo juntos. ¿Comprendes?

—Sí, mi vida. Estaré a tu lado en todo momento. Sospecho que algo muy importante depende de nosotros.

Erik y María sólo se detuvieron dos veces en su camino: una, al enfocar a un hombre con el abrigo desabrochado que parecía estar en ademán de gritar algo ante una casa. Sobre una ventana abierta, el cuerpo de una mujer asomaba, para responder al del abrigo. Y así se habían quedado ambos, sorprendidos por la fantástica parálisis general que había sorprendido a todos.

—¿Qué se estarían diciendo? —preguntó María.

—Seguramente, felicitándose el principio de siglo… Mira, allí hay un autobólido detenido en el aire. ¿Cómo se sustentará?

Los dos potentes focos de sus linternas iluminaron el rojo autobólido suspendido a cien metros del suelo, desafiando toda ley física y natural.

—La parálisis les ha sorprendido en el aire y así se han quedado. Por lo visto, también afecta a las máquinas. Me temo que no podremos utilizar mi autobólido… ¡Nada funciona en toda la Tierra!

La segunda vez que se detuvieron fue al encontrar en su camino un viejo automóvil de ruedas, modelo aerodinámico de veinte años atrás. El vehículo estaba detenido junto a un bosque, en la carretera que conducía a Bogotá, la ciudad apagada y silenciosa.

—¡Espera! —exclamó Erik al descubrir el coche con su potente linterna.

Se dirigió al automóvil, seguido de María, y dentro, en los blandos asientos rojos, vio una pareja de jóvenes. Ella sonreía y él estaba inclinado para besarla. Eran muy jóvenes, como de dieciocho y dieciséis años, pero estaban enamorados.

Erik abrió la puerta del coche y vio que el contacto estaba cerrado. Los jóvenes se habían detenido allí para besarse. Pero, al dar el contacto, el motor empezó a rugir.

—¡Ya lo entiendo! —exclamó Erik.

—¿Y cómo puede ser que funcione el motor del coche, si el autobólido que hemos visto estaba parado en el aire?

—Sospecho que todo se paralizó al dar las doce. Las máquinas que estaban funcionando quedaron detenidas. Pero las que ya estaban paradas, ¿por qué habían de sufrir los efectos?

—Entonces, si ponemos en marcha un autobólido de los que hay suspendidos.

—Podríamos producir una catástrofe, María. Por ley de inercia continuaría marchando hasta encontrar un obstáculo y allí se estrellaría, matándose sus ocupantes.

—¡Pero si ya están muertos! —exclamó la atleta.

—Puede que no —respondió Erik, en tono misterioso—. ¡Puede que sólo estén paralizados! Igual que se han detenido todos los corazones, algo puede hacerlos moverse de nuevo.

—¿Podemos hacer eso nosotros?

—No lo sé. Pero lo sabremos.

* * *

Poco después llegaban al cañaveral, junto al río San Agustín, donde Erik había dejado días atrás su autobólido. No tuvieron dificultad alguna en subir a bordo, primero él y después María, la cual tomó asiento junto al piloto, en una silla auxiliar, dado que el vehículo era de una sola plaza, pero tenía capacidad para dos en caso de necesidad.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, al sujetarse el cinturón de seguridad.

—A Sham-sang. Tenemos una cita con el «Olvidado de Dios».

—¿Y cómo le encontraremos?

Erik extendió el brazo, mostrándole el anillo-radio que le regalara la propia María la víspera de Navidad.

—Presiono la tapa y la radio se pone en funcionamiento. Es fácil.

—Sí, muy fácil. Pero si las emisoras no funcionan, ¿qué vas a oír?

—Nuestro esotérico comunicante sabrá hacerse oír. Atiende, María. Has de hacerte a la idea de que lo que está ocurriendo ha sido previsto por alguien, terrestre o extraterrestre, y nosotros no somos más que simples instrumentos elegidos para realizar una determinada misión.

Ella asintió y dijo:

—Sí, y dime. ¿No nos habrán elegido para iniciar una nueva Humanidad? ¿No podríamos ser, como hombre y mujer, los más fuertes de la Tierra, los destinados a perpetuar otra raza más vigorosa?

—Es una buena pregunta, María. Y me complacería mucho que fuese cierta, aun a costa de sentir mucha pena por los que han muerto con el siglo. Pero me temo que estamos metidos en una aventura mucho más compleja. Eso que dices sería muy fácil. Habríamos de enterrar a seis mil millones de muertos y cuando hubiésemos terminado, nuestros hijos ya tendrían una barba formidable.

Mientras hablaba, Erik había comprobado que los mandos de su autobólido funcionaban perfectamente. Por esto dijo:

—Pégate al asiento. Vamos a despegar. Volaremos inclinados para examinar el suelo a ver si descubrimos alguna luz, movimiento o vida en alguna parte.

—Sí. ¿Qué camino tomaremos?

—El más recto. Volaremos a través del Brasil, cruzaremos el Atlántico, África y seguiremos directos al norte de la India.

Dentro del autobólido, el rugido de los reactores se escuchó como un distante rumor. Pero tanto Erik como María supieron que el suelo se separaba de ellos.

—Da una vuelta sobre Bogotá, Erik. Me gustaría ver si se ve algo desde arriba.

Él la complació, efectuando una pasada lenta, casi a flor de los edificios más altos de la gran ciudad. No vieron nada, absolutamente nada, aunque, en un extremo de la población, por un momento, María creyó haber visto una luz.

Al acercarse, a ruego de ella, descubrieron un gran espejo parabólico, de los empleados para crear solar, y en cuya superficie pulimentada se había reflejado la luz del autobólido que ellos tripulaban.

Para convencer a María, Erik detuvo el autobólido en el aire, empleando retropropulsores antigravitacionales, iluminaron con las linternas el espejo parabólico y sus instalaciones. Vieron a muchas personas, pero todas estaban inmóviles, en las mismas posturas que habían sido sorprendidas al dar las doce de la noche.

—¿Ves? Nadie vive —dijo Erik—. Hemos de irnos.

—Sí, vámonos. Todo esto es sobrecogedor. ¡Pobres gentes! ¿Crees que se descompondrán y se convertirán en esqueletos en semejantes posturas?

—No creo nada, María. No sé lo que está ocurriendo. Y lo mejor será que nos enteremos cuanto antes. Vamos aprisa hacia el Himalaya y, posiblemente, lo sabremos allí. Llegaremos hacia el amanecer.

Erik orientó los controles de su aparato. Todo era automático. Sólo tuvo que nivelar la altura, la velocidad y fijar un rumbo. De lo demás se encargaba el piloto automático.

Instantes después volaban a gran altura, alejándose de Bogotá y sus alrededores. Cuando llevaban volando diez minutos, Erik, que miraba al cielo a través de la cúpula transparente de su aparato, dijo:

—Mira arriba, María. ¿Qué observas de extraño?

—Nada. No veo absolutamente nada.

—Apagaré la luz interior —dijo él. Y tras sumir la cabina en la más oscura tiniebla, añadió—. ¿Te das cuenta de que no hay estrellas en el cielo?

—Debemos de estar bajo una nube.

—No, María. Observa el control metereológico. No hay nubes, ni humedad, ni viento… ¡No hay nada! ¡Parece como si estuviéramos volando en el vacío!

—¡Eso no puede ser! Bajo nosotros está la tierra sudamericana.

—Sí, una tierra muerta, paralizada. ¿Por qué no ha podido paralizarse también el Universo?

Esta pregunta, de alcance tan fantástico, hizo que se le oprimiera el corazón a la multicampeona. Con avidez, miró a través de la cúpula transparente, y luego terminó por decir:

—Es verdad, no se ve ni una estrella. La oscuridad es absoluta.

—Y, sin embargo —concluyó Erik, de modo solemne—, ¡nosotros continuamos viviendo!

María Vélez no respondió. Estaba demasiado impresionada por la incontestable verdad para hacerlo. Había estado mirando su reloj de pulsera, adornado con brillantes, y sus ojos permanecían como hipnotizados, fijos en las manecillas, las cuales estaban paradas en las doce.

—¿Has visto esto, Erik? —preguntó ella, mostrándole el reloj.

—Sí. Lo vi en tu casa. El reloj se detuvo a las doce en punto, igual que hicieron los otros. Hazme un favor, prueba a poner en marcha las agujas. Yo haré lo mismo con el mío.

María y Erik abrieron las tapas de sus relojes y tocaron las agujas. Pero no ocurrió nada. Fue él quien descubrió el misterio, al abrir la tapa posterior y tocar una de las pequeñas ruedas dentadas.

¡Al instante, el reloj se puso en funcionamiento!

¡¡Y cuando volvió el reloj, para mirar la esfera horario, vio que las agujas estaban marcando la una menos diez: el reloj se había puesto solo en hora, recuperando el tiempo que había estado detenido!!

—¡Asombroso! —balbuceó Erik—. Cincuenta minutos es, aproximadamente, el tiempo que ha transcurrido desde que dieron las doce. Las máquinas se pararon, pero las nuestras siguen en marcha. Sólo hay que tocar las cuerdas motores y vuelven a funcionar.

—Eso me hace sospechar que, si presionamos el corazón de alguien, se reanudarán sus latidos.

—No, es demasiado aventurado —refutó Erik—. Para alentar el corazón de una persona, sería preciso abrirle el pecho y darle masaje a la víscera cardíaca. Quizá vuelva a la vida, pero nosotros no somos los más indicados para hacer de cirujanos. No es nuestra especialidad. Por esto sospecho que la misión que debemos realizar no va por ese camino… ¡Me temo que nos exigirán algo mucho más importante y de acuerdo con nuestra resistencia física!

CAPÍTULO V

POR curiosidad, Erik había tomado el mando del autobólido, haciéndolo descender casi al nivel del océano. Ayudado por su potente linterna, vio la superficie del agua, tersa como un cristal. Ni la más mínima brisa agitaba el Océano Atlántico.

—¿Te das cuenta, María? No hay viento, ni se agita el mar. Todo está paralizado. Apuesto a que hasta se podría caminar sobre las aguas.

—Pues no lo pruebes. Subamos arriba y reanudemos la marcha.

El la complació, maniobrando en los controles, para ascender hacia el negro cielo.

—Está todo tan oscuro como en nuestro sueño —comentó él.

—Sí. Pero antes vimos una ola de fuego rojo. ¿Qué significaba aquello?

—No lo sé. Quizá fuese un aviso. ¿Imaginas si nos desviamos de la ruta y vamos a parar a Pago Pago? Allí podíamos estar mañana cuando surgiera la ola de fuego y nos envolviera.

—¡No! —gritó la mujer—. Cuando me puse estas ropas que llevo ahora, antes de salir del «Pinar Bajo», estuve viendo un vestido que tengo, igual al que llevaba en el sueño. No quise ponérmelo porque es de verano, ¡y por no volver a verme ante aquella playa, con el

fuego acercándose vorazmente!

—Confiemos en que esa parte del sueño no se cumpla —musitó él, inclinándose hacia María, para atraerla hacia sí—. Ven, querida, acércate… ¿Qué impresión te causé cuando me conociste?

—¿En el sueño o en la realidad?

—Hablamos de la realidad. Aunque dudo que el sueño no lo sea también. Pero, ahora, olvida eso. Tenemos unas horas para pensar en nosotros…

—¿En qué quieres que piense? ¿En la tragedia que nos rodea? Estoy haciendo titánicos esfuerzos para olvidarlo todo.

—Entonces, déjame que te ayude, amor mío.

Fue ella quien buscó los labios de él. Y Erik la rodeó con los brazos. Tenían tiempo para todo.

* * *

Debía de estar amaneciendo cuando sobrevolaron el impresionante macizo nevado del Himalaya. Eran las seis de la hora solar, pero por oriente el horizonte continuaba siendo tan negro como el resto que contemplaban desde la altura en que volaban, a diez mil metros sobre el nivel del mar.

—Me parece que no amanecerá, María —musitó Erik, saliendo del hermetismo en que había permanecido encerrado desde hacía rato.

Ella continuaba apoyada sobre el hombro de él, mirándole con ojos embelesados. Ni siquiera pareció escucharle, pues dijo:

—Jamás creí que el amor fuese algo tan maravilloso, Erik.

—Te he dicho que no amanece —repitió él—. Y, por la hora que es, el sol debería estar ya en el horizonte.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella, empezando a incorporarse.

—Volamos ya sobre el Himalaya.

—¿Hacia Sham-sang?

—Sí. Voy a conectar la radio. El «Olvidado de Dios» nos dirá dónde debemos encontrarle.

Erik presionó sobre el anillo-radio que lucía en el dedo. Luego se llevó al oído el minúsculo aparato.

—Dudo que nadie pueda oírme. Pero, si me oye el «Olvidado de Dios», como dijo llamarse, que me oriente de algún modo.

¡En el acto, la voz silbante y hueca invadió la cabina del autobólido!

—Sí, «Elegidos». Os escucho. Estáis acercándoos a vuestro destino. Seguid adelante. Yo os avisaré cuando debáis tomar tierra… Confío en que sepas manejar bien esa máquina voladora. Tendrás que situarte sobre una cornisa helada, a muchos metros de altura sobre un impresionante barranco.

María se encogió sobre sí misma al escuchar aquella pavorosa voz que parecía venir de ultratumba.

—¿Quién eres?

—Ya te lo he dicho. Mi nombre quedó olvidado en el tiempo. Hace diez mil años que he estado viviendo… ¡Muchos años, demasiados! No sé por qué me han permitido vivir tanto tiempo. Creo que debe ser un castigo… ¡Ah, ya te estás acercando! Disminuye la velocidad, pues ya oigo el ruido de tus motores.

Erik, atento a los controles, manejó una palanca y el autobólido empezó a disminuir velocidad, hasta casi quedar inmóvil a los pocos minutos.

—Aún debes avanzar algo más. Mira abajo… ¿No ves una luz verde salir de la boca de mi gruta?

Erik ladeó el aparato… ¡Y vio la luz!

Surgía de una hendidura entre los hielos blancos y ascendía hacia el cielo, como un rayo verdoso y fino. Al instante, Erik asoció aquel rayo de luz con el que había visto en su sueño, al descorrerse el muro de tinieblas, y que parecía ir hacia los confines del cosmos.

—¿Lo has visto, «Elegido-hombre»?

—Sí, lo he visto… Ahora buscaré la cornisa —respondió Erik, hablando solo, aunque sabía que su voz era detectada por el otro.

—Baja, pues. Tienes una luz, ¿verdad? —preguntó la lúgubre voz flotante.

—Sí, la tengo.

—Baja. Te espero… Y dile a la «Elegida-hembra» que no tema nada. La misión de ella es la de acompañarte. Si te pierdes tú, también se perderá ella… ¡Qué no tiemble al verme! No debe

tenerme miedo, aunque me vea feo, viejo y marchito. Los años han pasado para mí, aunque he estado durmiendo. Me encontraréis muy consumido, pues no he comido jamás… Cuando marchéis a vuestra misión, moriré en paz… ¡Y una advertencia importante! Cuando estéis ante mi gruta, no miréis el rayo de luz verde. ¡No se os ocurra volver el rostro: su punto focal os cegaría, matándoos en el acto, y todo se habría perdido! Yo os daré los cristales con los cuales podréis mirarle para orientaros.

La voz cesó, y Erik se dedicó a maniobrar el autobólido hasta situarlo sobre la estrecha cornisa de hielo. Descendió con tanta suavidad, a la luz de las linternas que ahora empuñaba María, que ni siquiera sintió la sacudida de los trípodes de apoyo al tocar el hielo.

—¡Ya nos hemos detenido, María! —exclamó Erik—. Salgamos ahora. Toma mi abrigo, porque afuera hará frío.

—No te preocupes. Sé resistir lo que sea. Saltaré, brincaré, haré lo que sea. Pero no te preocupes por mí, Erik.

Primero descendió él, saliendo por la parte del aparato. Cuando se cerró la compuerta, Erik miró en torno, asombrándose de no sentir el menor frío, pese a que todo cuanto veía era hielo.

María se le reunió segundos después.

—¿Dónde está la gruta?

—Ahí. ¿No ves la luz verde? ¡Pero no mires su foco en línea recta! Ya has oído.

—Sí… Oye, no hace frío ni viento.

—Todo debe obedecer al mismo fenómeno de paralización.

Avanzaron por la cornisa hacia la hendidura entre los hielos. El rayo de luz verde no surgía de la cueva, sino que venía del infinito, terminando allí. Entonces comprendió Erik por qué no debían mirarlo. Si en el punto donde terminaba el rayo, se hubiesen vuelto a mirar su origen, distante toda la fuerza concentrada de la luz verde habría caído rectamente sobre ellos, envolviéndoles, y aniquilándoles, quizá.

Erik y María, al llegar ante la entrada de la gruta, penetraron sin vacilar. Todo el interior aparecía iluminado por la fantástica luz. Avanzaron por un túnel desigual, Erik delante y María detrás, agarrada a él.

—Acercaos, «Elegidos» —se oyó la voz de nuevo, ya dentro de la

extraña gruta de hielo.

Y de pronto, Erik se detuvo. Una especie de cristal convexo les interceptaba el paso. Detrás del cristal, que en realidad era hielo puro y transparente, empezó a dibujarse una faz que estuvo a punto de hacer lanzar un grito a María. Y no era para menos.

En realidad, lo que tenían delante, aumentado por el cristal de hielo, era como un esqueleto recubierto por una piel oscura. Dos ojos brillantes lucían dentro de las cavidades de los ojos. Y una boca, cubierta de lacios y ralos pelos se movió.

—¡Piedad, «Elegida», ten piedad de mí y no te asustes! Yo también fui un ser humano. Ahora soy muy pequeño, me he consumido con el paso de los años. El cristal de aumento que se interpone entre nosotros me hace parecer más grande. Luego veréis cómo soy en realidad.

María, abrazada a Erik, temblaba. Pero sostuvo la mirada de aquellos ojos en los que parecía estar reflejada la misma muerte.

—Tengo piedad de ti, hombre —musitó María.

—Gracias, gracias, «Elegida». Espero que seas digna del hombre alto y fuerte que te ha traído hasta aquí. Ahora, escuchadme los dos… Prestad atención a mis palabras. Tengo un mensaje que daros… He sido elegido para iluminar vuestro camino.

»La Humanidad está al borde mismo de su aniquilamiento total. —Una mano esquelética apareció junto al rostro del archiviejo. ¡Una mano que pareció la garra de la muerte, esquelética, de uñas largas y negras, crispadas!—. Ya habéis visto cómo, al finalizar el año, las gentes se han quedado estáticas. Pues bien, esto es obra de la fatídica «Máquina de los Antiguos Sabios de Tribia», el mundo inmenso situado al extremo del rayo de luz en línea recta, sin desviarse nunca, llegaréis a Tribia, que está en los confines del Universo. Pero no os podéis perder. Para ir allá, por medios ordinarios, se necesitarían cientos de millones de años. Los tripulantes de las espacionaves más veloces morirían millones de veces antes de poder llegar a Tribia. No os podéis hacer idea de lo inmenso e ilimitado que es el Universo.

»Pero, con tu autobólido, siguiendo ese rayo de luz, «Elegido», llegaréis muy pronto. El fenómeno no tiene explicación. Los sabios de Tribia, cuando crearon su máquina, no se lo explicaron a nadie. Y ahora no pueden explicarlo porque están todos muertos… ¡Dios,

el Todopoderoso, acabó con su soberbia! Mas, desgraciadamente, la «Máquina» fatídica quedó allí y su obra ya habéis podido apreciarla. Cada diez mil años, exactamente, su potencia magnética se extiende en un santiamén por todo el Universo, paralizándolo.

—¿Y qué fin persigue esa máquina? —preguntó Erik, absorto en las huecas palabras del viejo esquelético.

—Probar a la raza humana. Comprobar si su progreso es evolutivo, y, por tanto, merece continuar su camino ascendente, o ver si la humanidad se ha estancado en su progreso, y en tal caso, desobedeciendo las leyes de la naturaleza, merece ser destruida.

—¿Por eso nos han elegido a nosotros, los más fuertes del mundo, para demostrar a esa máquina que hemos progresado físicamente?

—Sí. ¿Quién mejor que vosotros dos para representar a la Humanidad? —preguntó el viejo—. Nadie os puede superar en vigor y resistencia. Pero no se trata sólo de eso. Sino también de la inteligencia. El cuerpo y la mente deben evolucionar al unísono. La «Máquina de los Antiguos Sabios de Tribia» fue construida hace muchos millones de años, por hombres inteligentes, y su objeto es poner a prueba vuestro vigor físico y vuestro talento.

»Por este motivo, días antes de la paralización, el rayo de luz me despertó para que mis influjos mentales, pues mi cerebro ha estado acumulando energía durante diez mil años, hurgasen en la Humanidad terrestre a fin de encontrar a la pareja más vigorosa. Y os encontré a vosotros, a los que dormí con mi sueño ancestral para que, en una dimensión inexistente, os pudierais conocer y recibir mi mensaje.

—Lo recibimos —intervino Erik—. Pero no hemos comprendido el significado de la ola de fuego.

El semblante marchito y enjuto que había detrás del cristal de hielo pareció esbozar una sonrisa. Aún así, continuó siendo horrible.

—La dimensión de vuestro sueño estaba invertida. Ibais de atrás a delante… No os preocupéis. Sólo en caso de fracasar en vuestra misión, cuando ya estéis muertos, surgiría el Gran Fuego. No, antes hay que luchar, abrirse camino por entre obstáculos casi infranqueables. Sólo así venceréis a la máquina fatídica.

»Bien, ahora escuchadme con atención. Iréis a Tribia y llegaréis

hasta la «Máquina de los Antiguos Sabios». Una vez ante ella, tenéis que apagar la fuente de la luz verde, la misma que os servirá de guía en el espacio infinito. Pero no será tarea fácil. Los servidores mecánicos dejados por los difuntos sabios habrán colocado muchos obstáculos en vuestro camino. ¡Es preciso vencer todos esos obstáculos para demostrar vuestro vigor e inteligencia!

—¿Qué obstáculos son? —preguntó Erik.

—No lo sé. Yo no he estado nunca en Tribia. Hace diez mil años, dos humanos como vosotros, aunque mucho más primitivos, fueron a Tribia y vencieron todas las dificultades.

—¿Cómo lo sabe usted?

—¿Acaso la Humanidad no ha continuado viviendo? Y aquella pareja sólo tenía armas primitivas, un arco y flechas y un hacha de piedra. Claro que los obstáculos serían menores, pero apagaron la fuente de luz. Y vosotros habréis de hacer lo mismo… ¡Sólo así evitaréis que la muerte y el aniquilamiento se adueñen de la Tierra!

—¡Pero si ya están todos muertos!

—No, sólo paralizados. El tiempo no corre para ellos —respondió el apergaminado anciano.

—¿Y para nosotros?

—Sí. Sois los «Elegidos». Pero… ¡Tendréis una doble vida! Ya lo veréis. Ahora, os daré los cristales para proteger vuestros ojos de la luz verde. Tú, Erik Fugley, debes romper el cristal que te separa de mí. Me encontrarás muerto, pues mi destino se habrá cumplido, pero en mis viejas manos encontrarás dos cristales rectangulares, de un color desconocido, que protegerán vuestros ojos y vuestras vidas del maleficio de la luz verde. Y con ello volveréis a ver la luz del día, como si los soles no se hubieran eclipsado.

»¡Adiós, hijos de la Humanidad! ¡Os deseo mucha suerte! Y, recordad que de vuestra lucha depende que la raza humana siga viviendo.

Al terminar de decir esto, la rugosa faz del antiquísimo viejo desapareció del cristal convexo. Erik se volvió a mirar a María, cuyo rostro era un curioso estudio de las emociones más encontradas.

—¡Es lo más fantástico que he oído en mi vida, María! —dijo él—. ¿Qué hacemos?

—¿Qué podemos hacer? En primer lugar, y ya que estamos metidos en esto, sería conveniente averiguar lo que ocurriría si nos

negamos a obedecer esas órdenes. ¿Por qué no nos vamos de aquí y vivimos nuestra vida, solos?

—¿En la oscuridad? ¿Abandonando al resto de la civilización, a nuestros amigos y familiares? ¿Lo dices en serio, María?

Ella, ante aquel reproche, bajó la cabeza.

—¿Y si fracasamos, Erik? ¿Qué insalvables obstáculos vamos a encontrar en nuestro camino hacia la fuente de la luz?

—No aparto de mi mente a tus familiares y servidores, María —musitó él—. Se quedaron todos convertidos en estatuas. Y así permanecerán eternamente hasta que venga el Gran Fuego y los aniquile… ¡Y piensa en que están vivos, esperando que nosotros les salvemos! ¿Podemos abandonar a toda la Humanidad?

Ella no contestó. Continuaba con la mirada fija en el hielo que pisaban sus pies.

—Yo te quiero, María. Lo sé, lo siento aquí dentro… ¡Y si te perdiera no podría resistirlo! Pero… ¿y las demás personas que amamos? ¿Y los que se aman entre sí? Hemos tenido la suerte o la desgracia de ser los más fuertes de la Tierra, y por esto nos han elegido para que demostremos los progresos de la constante evolución de nuestra raza… No, María, es imposible desertar ahora, cuando tanto depende de nosotros. Voy a romper este primer obstáculo, tomaremos los cristales e iremos a donde sea necesario. ¿Quieres venir conmigo?

—Sí —replicó ella, levantando la vista hacia él.

Sus ojos se encontraron. En ellos había serenidad, confianza mutua.

Se abrazaron con efusión y ella musitó:

—Adelante, Erik. Lo que sea de ti, será de mi.

Fueron precisos recios golpes contra el duro hielo. Pero Erik, con los puños cerrados, logró agrietarlo. Y cuando una parte del cristal de hielo se desplomó hacia el interior de la gruta, la pareja quedó sobrecogida al escuchar un grito espeluznante y aterrador.

¡Era el alarido de quien ha vivido diez mil años unido a la tierra y, al fin, ve liberada su alma con la muerte absoluta!

Al cesar el grito, lentamente, como filtrándose por entre las fisuras y grietas del hielo, Erik terminó de romper el cristal y penetró en la angostura de la caverna.

Allí, a pocos pasos, tendido en tierra, vio una pequeña figura,

irreconocible, marchita, cuya cabeza tenía un vago parecido con el viejo que habían visto a través del cristal.

María, detrás de Erik, al ver aquello, no pudo contener una exclamación:

—¡Ave María Purísima!

—No lo mires —suplicó Erik, haciendo volverse a la joven.

Luego, con acentuado temblor, Erik se inclinó sobre el cadáver del viejo. En sus negras y sarmentosas manos vio dos cristales rectangulares, de un color impreciso, entre verde y azul, y de suficiente tamaño para cubrir los ojos de una persona corriente.

Tomó los dos cristales, de peso muy ligero, y se volvió hacia María.

—¡Vámonos de aquí!

Al retroceder hacia la salida, Erik examinó los cristales con más detenimiento. Vio que a ambos lados habían sendos agujeros, como para pasar por ellos el hilo elástico con que sujetarlos ante los ojos.

—Toma, María. Cúbrete la vista con esto al salir. En el autobólido les pondremos un sujetador. No podemos quitárnoslos en ningún momento, hasta que la aventura haya terminado.

Con los cristales ante los ojos, salieron de la cueva. El rayo de luz verde se había convertido, visto a través de aquellos extraños prismas, en una línea recta y negra, que iba a perderse en el cielo infinito. Pero también pudieron apreciar que había salido el sol y que el firmamento tenía un azul purísimo.

¡Había vuelto la claridad, el día!

Y el paisaje que se contemplaba desde aquella impresionante altura, en las cimas del Himalaya, era algo sublime. Blanco, azul y pardo, extendiéndose a unos distantes valles ubérrimos, llenos de verdor y luz.

—¡Oh, Erik, es maravilloso!

—Sí, todo ha vuelto a ser de color natural. Pero no te quites el cristal de los ojos. Vamos hacia el autobólido.

El vehículo de Erik estaba detenido en la cornisa, sobre un profundo abismo. Y su color azul y su línea roja longitudinal contrastaban con el hielo blanco que lo rodeaba.

Una vez en la cabina del autobólido, colocaron hilos elásticos a los cristales que les diera el «Olvidado de Dios» —en cuya ocupación se volvió a oscurecer el día— y se los colocaron

definitivamente ante los ojos.

—¿Y qué hacemos ahora, amor mío? —preguntó María.

—Ahora —respondió él, muy grave—, encomendémonos a Dios, y vayamos a situarnos ante esa línea negra, que es el centro de la luz verdosa. Vayamos hacia Tribia, en los confines del Universo.

CAPÍTULO VI

RIK manejó los mandos de su autobólido y situó éste delante mismo de la gruta que acababan de abandonar. Allí, el morro del aparato empezó a levantarse, guiado siempre por los reactores que Erik mandaba con tanta destreza, y cuando la línea negra se convirtió en un pequeño punto ante los ojos de ambos ocupantes de la cabina, colocó el piloto automático.

—Ya estamos situados en línea recta hacia Tribia, María. ¿Tienes miedo?

—No, miedo no. Pero estoy algo nerviosa. Es algo casi imposible lo que está ocurriendo.

—Según las palabras del anciano, la velocidad será algo fantástica e irreal. Espero que sea tanta que no sintamos sus efectos. Yo, desde luego, daré toda la potencia a los reactores. Estaba pensando si no sería mejor ir a la plataforma de lanzamiento de Monte Olsen y tomar una de las modernas espacionaves de las Naciones Unidas. Pero, si este autobólido no sirviera, el viejo nos lo habría dicho.

—¡Lánzate ya y veamos lo que pasa!

—Pues… ¡Allá vamos!

Y no ocurrió nada… ¡Nada aparente, claro está! Sin embargo, Erik en una fracción de segundo, al mirar por el espejo retrovisor, había visto empequeñecerse la Tierra casi instantáneamente, dejada atrás en su vertiginosa velocidad de despegue.

Y luego, tanto él como ella, sintieron como si estuvieran suspendidos en el espacio. Pero, a su alrededor, gigantescos mundos aparecían a ambos lados de su ruta, para desaparecer en el acto, de igual modo que desaparecen los postes ante la mirada de un viajero en un tren expreso.

—¡Esto es increíble! —exclamó María—. ¿Te das cuenta cómo quedan atrás esos inmensos planetas? Estamos desafiando todas las leyes de la mecánica celeste. Aquí no hay gravitación que valga.

—Sí, la velocidad de la luz es insignificante comparada con la que llevamos nosotros. Mira la aguja del cuentakilómetros. ¡Está aplastada sobre el límite, incapaz de seguir marcando!

Planetas, astros luminosos e incandescentes, meteoros, cometas y toda suerte de ingentes moradores del espacio pasaban a centelleantes velocidades alrededor de ellos, a veces, rozándoles tan precariamente, que ambos cosmonautas sentían volcarse sus corazones, intuyendo la tremenda colisión.

No obstante, el punto negro que marcaba su dirección a través del Universo era inmutable. Nada se interponía en su trayectoria, pues aquel vuelo extragaláctico, en línea recta, no podía ser llamado órbita.

De este modo fue pasando el tiempo. ¿O no pasaba en realidad?

Erik consultaba su reloj de vez en cuando y, ciertamente, los minutos pasaban, girando las agujas sobre la esfera numerada. Pero ¿no pedía ser una ilusión? ¿No era una ilusión todo lo que les estaba ocurriendo?

Miles de preguntas se agolpaban en las mentes de ambos. Y, sin embargo, sólo una les inquietaba más que las otras. ¿Qué iban a encontrar en el fabuloso mundo de Tribia?

—El viejo nos dijo que unos sabios construyeron una máquina hace millones de años. Esa máquina tiene el poder de paralizar a la raza humana cada diez mil años y atraer a dos de nuestros semejantes, un hombre y una mujer, para ser sometidos a una prueba de evolución.

—¿Y qué interés podían tener aquellos sabios en nuestro

progreso?

—El mismo interés que podamos tener nosotros —replicó Erik —. ¿Crees que a la Humanidad no le interesa progresar?

—A la Humanidad, sí. Pero hay individuos en la Tierra a los que complacería volver a los tiempos primitivos.

—Son retrógrados. Hay quien ha dicho que están enfermos y necesitan ser operados. Lo que cuenta en la historia es el proceso evolutivo. Se han superado muchas etapas históricas. De la esclavitud, pasando por el trabajo obligatorio, el colonialismo y el expolio forzoso, más o menos camuflado por la ley, hemos llegado a una libertad estructurada en el respeto mutuo y a los derechos universales del hombre. Eso es progreso, María. En la técnica hemos hecho maravillas, y en la ciencia se han descubierto leyes fabulosas. En cuanto al vigor físico, tú, María, eres un buen exponente.

—Sí. Los records mundiales han ido siendo superados paulatinamente y nuestros abuelos, que consideraban sus marcas inmejorables, nos miran con asombro ante lo que hacemos ahora. Mis nueve metros, diez, de «recordwoman» en salto de pértiga, hace treinta años se consideraban una verdadera utopía. Claro que ha evoludonado la pértiga en sí, y algo el vigor del atleta, puesto que los records en deporte puro, se han rebajado en menos proporción.

—Nuestra medicina ha vencido a casi todas las enfermedades mortales que siempre azotaron a la Humanidad. Bien cierto que se han descubierto nuevas enfermedades y se han traído gérmenes nocivos de otros planetas, con lo cual es preciso continuar luchando. Pero nuestro progreso es innegable… Y eso es lo que querrán demostrar, con algún fin, los sabios de Tribia.

—Pero ¿por qué?

—Quizá no lo sepamos nunca, María. Desde luego, alguna razón debe de existir. Y si fueron hombres con poder para construir una máquina que, desde los confines del Universo sea capaz de paralizar la vida y dejarla en suspenso, su ciencia debía ser muy grande.

—¡Y muy grandes los obstáculos que habrán puesto en nuestro camino! ¿En qué consistirán?

—Pronto lo sabremos. Sospecho que este rápido viaje no durará mucho.

* * *

Duró exactamente seis horas en el reloj de Erik Fugley, aunque éste ignoraba que el tiempo era uno de los factores más irreales de todos cuantos inventos había hecho el hombre.

De súbito, cuando menos lo esperaban, la velocidad fantástica que llevaban empezó a decrecer insensiblemente, y Erik, antes que María, comprobó que el punto negro que les servía de referencia en su trayectoria rectilínea empezaba a aumentar de tamaño.

A medida que el punto se agigantaba a sus ojos, el autobólido disminuía de velocidad, llegando un momento en que la marcha pudo empezar a ser contada por kilómetros y la aguja del contador del tablero de control inició el descenso hacia cero.

Para entonces, el punto negro se había convertido en un enorme astro negro, de tamaño infinitamente superior al de la Tierra, y el autobólido iba dirigido a él.

Pronto, toda la ingente masa del astro les envolvió, y la negrura fue tan intensa que apenas si podían verse entre sí. Sin embargo, Erik tuvo una inspiración: se llevó la mano al cristal que cubría sus ojos y lo fue retirando poco a poco.

¡Entonces se hizo la claridad!

Y Erik no pudo actuar más a tiempo, pues el autobólido, a más de veinte mil kilómetros por hora, iba derecho a estrellarse sobre un terreno abrupto y amarillento, en donde se habrían pulverizado contra el suelo.

Emitió un grito y apenas si tuvo tiempo de maniobrar los mandos, para apartar el autobólido de la caída vertical. Lo consiguió, pero a escasa altura de tierra, efectuando un giro vertiginoso y audaz. Luego, suspiró y quitó potencia a los reactores.

—Erik, ¿dónde estás? —le gritó María, a su lado.

—Aquí, cariño. Y nos hemos salvado por puro milagro.

—¡No puedo verte! ¡Todo está en tinieblas!

Fue Erik quien le quitó a María el cristal rectangular que cubría sus bellos ojos. Entonces, ella lanzó una exclamación de gozo:

—¡Oh, qué tonta he sido!

—Mira abajo y verás qué paisaje. Estamos en un supermundo…

En efecto, bajo ellos, escarpadas cordilleras se alzaban al cielo verdoso del planeta, en cuya atmósfera estaban sumergidos, y profundos valles oscuros matizaban el suelo. También vieron lagos y anchos ríos que desembocaban tumultuosamente en dilatados mares o lagos. En muchos lugares había frondosos bosques de árboles exóticos y desconocidos, cuyas ramas parecían agitarse como si estuvieran animados de vida propia e independiente.

Y, de vez en cuando, moviéndose por el suelo, entre las grietas, o surgiendo de los bosques, contemplaron extraños y fabulosos animales cubiertos de escamas o caparazones estriados o puntiagudos.

Por el sector donde sobrevolaban se veían muchos de aquellos animales, los cuales se agitaban, levantando sus monstruosas cabezas al cielo para contemplar el ruidoso intruso que venía a interrumpir el silencio de su mundo.

—¡Esto es fantástico! —exclamó María—. ¡Es mucho peor que un sueño!

—Pues despierta cuanto antes o mucho me temo que no salgamos vivos de aquí.

—¿Y vas a descender ahí? —indagó María, aterrada.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Para qué hemos venido a este mundo?

—Explícame el fenómeno de la oscuridad. Aún no acabo de comprenderlo.

—Muy fácil, querida. En este planeta reina la luz verde. Su rayo, fuera de aquí, en el espacio, debe sernos fatal. Y por eso, el «Olvidado de Dios» nos facilitó estos cristales para protegernos. A través de ellos, nosotros veíamos la luz negra. Y como esta luz emanaba de aquí, al llegar, nos ha envuelto la oscuridad. Lo comprendí por instinto y me quité a tiempo el cristal, de lo contrario no sé qué habría sido de nosotros.

—¡Ya nos lo podía haber dicho aquel condenado viejo! —rezongó la multicampeona—. ¡Vaya una sucia jugarreta!

—Por suerte, nos hemos salvado del primer peligro. Y esto me hace suponer que, si queremos salvarnos de los que vendrán a continuación, habremos de utilizar tanto la vista como el cerebro.

—¡Y la fuerza física, no olvides eso, Erik! —concluyó María.

En aquel momento, sobre las escarpadas cimas, vieron una

dilatadísima superficie gris que se extendía, al parecer de modo ilimitado, hacia los confines del superplaneta en que se encontraban.

—¡Recontra! —exclamó Erik—. ¡Mira allí, María! A simple vista, parecía un inmenso mar estático. Pero, al acercarse, dejando atrás la última cordillera y los parajes poblados de animales enormes y raros, vieron que era algo así como una superficie, compuesta de enormes planchas metálicas ensambladas.

Y lo asombroso fue que, al situarse el autobólido sobre el principio de la dilatada superficie, como si un muro invisible le impidiera continuar, el vehículo aéreo se detuvo de repente y empezó a descender.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué nos hemos detenido? —preguntó María, alarmada.

—Eso quisiera saber yo —respondió Erik—. El caso es que vamos hacia el suelo. Aterrizaremos en el lindero, donde termina la vertiente de la montaña y empieza esa llanura metálica.

En efecto, minutos después, el autobólido quedó inmóvil, aun con los motores en marcha, como intentando vencer la oposición al avance que se alzaba rápidamente ante él.

—Salgamos fuera.

—¿Será respirable esta atmósfera? —preguntó María.

—Hace bastante rato que la estamos respirando y todavía no nos ha ocurrido nada. Pero, de todas maneras, yo saldré primero.

Erik presionó el dispositivo de descenso de su asiento y se encontró pisando el firme suelo, que axaminó de cerca, tocándolo con sus manos. No cabía duda. Era algo sólido como el acero, pero de una calidad y tacto distinto al acero. Debía de ser un metal desconocido en la Tierra.

Ayudó a salir a María, y luego, ante el autobólido inmóvil ahora, miraron a su alrededor.

La alta cima de la cordillera quedaba a más de diez mil metros sobre sus cabezas, y se extendía de norte a sur —por expresarlo de algún modo en orientación convencional— hasta perderse de vista.

Mirando al cielo, no descubrieron nada, excepto el tono verdoso de la atmósfera, perfectamente respirable, sin ningún sol, planeta o satélite que manchara su pureza paradisíaca.

—¿Y qué hacemos ahora…? ¿Qué comemos? ¿Adónde vamos?

Erik miró a su compañera. Sonrió y preguntó a su vez:

—¿No tienes más preguntas que hacerme, cariño? Yo podría formularte muchas más. Pero empezaré por responderte a algunas. En la cabina llevo una caja con alimentos superconcentrados. ¿Te gustan las píldoras de carne de ternera?

—Si no hay más remedio que comer esa porquería… —La mujer encogió sus esbeltos hombros—, ¿qué le haremos?

Erik la abrazó con ternura, atrayéndola contra su pecho, y musitó en su oído:

—Serás una buena compañera. No han podido elegirme otra mejor. Voy a buscar las vitaminas. Espérame aquí.

Erik volvió a subir a la cabina de control del autobólido, y estaba hurgando en el armario, para sacar la caja de los alimentos concentrados, cuando llegó hasta él un grito de María.

—¡Erik, mira a la ladera de la montaña!

El aludido se volvió, raudo, y se le erizaron los cabellos al ver un incontable número de animales de patas articuladas, muy semejantes a hormigas gigantescas, que, surgiendo de entre las fisuras de las rocas, descendían, atropellándose, hacia el autobólido.

Todos aquellos bichos tenían un color rojizo, y sus múltiples antenas, brazos y patas se movían con avidez.

Sin vacilar un solo instante, pues muchos de aquellos animales articulados estaban a menos de cien metros, Erik bajó a donde estaba María y extrajo la pistola insensibilizadora.

Nada más empuñar el arma comprendió que la carga sería insuficiente para aniquilar a tanto insecto, en el caso de que el arma ejerciera sobre ellos su efecto aniquilador.

—¡Huyamos!

—No, espera. —Erik retuvo a María del brazo—. Déjame probar el arma.

Apuntando a las hormigas gigantes que tenían más cerca, Erik oprimió el pulsador de disparo. Y los animales alcanzados se retorcieron, quedando crispados en tierra. Pero otros muchos pasaron sobre ellos.

—¡Vámonos hacia allá! —Erik señaló la dilatada superficie.

María partió como una flecha, corriendo con magistral estilo. Y él no quedó muy rezagado. Sin embargo, cuando habían corrido un buen trecho, él volvió la cabeza y se detuvo, jadeando.

—¡Oh, mira eso, María!

Estaba viendo a las hormigas gigantes que cubrían materialmente el autobólido, formando casi una montaña de patas articuladas, que parecían estar acometiéndose entre sí.

María fue la primera en comprender lo que estaba ocurriendo. Y exclamó:

—¡Están devorando el aparato!

En efecto, así era. Con sus poderosas mandíbulas, aquellos animales corroían el metal del autobólido, arrancándolo como si estuviera hecho de material blando. Y también observaron que las hormigas no atravesaban el lindero de la superficie metálica para perseguirles. Esto hizo comentar a Erik:

—Creo que la vida animal de este planeta no puede avanzar sobre esta superficie. Algún fenómeno inexplicable se lo impide.

—¿Quieres decir que no nos seguirán?

—No lo sé. Sólo hay un modo de comprobarlo. Retrocedamos.

—¡No! Esos animales son horribles.

—Pues espérame aquí. Toma la caja de las vitaminas. Nos harán falta.

Erik regresó a prudencial distancia y observó cómo los insectos terminaban de destruir el autobólido, no dejando de él ni los depósitos de combustible. Todo desapareció ante sus ojos, devorado por las voraces bestias. Mas, aunque muchas llegaron hasta el mismo filo donde empezaba la plataforma metálica, y estuvieron mirando a Erik desde allí, debatiéndose, entre chirriantes sonidos, ninguna osó avanzar y situar ni una pata sobre el metal.

Temerario, Erik se acercó aún más, situándose a menos de seis metros. Las hormigas, ya devorado el autobólido, se amontonaron unas sobre otras, como queriendo saltar el invisible obstáculo que las contenía. Pero ninguna pasó.

Erik optó por volverse a donde esperaba María.

—Algo las impide atravesar el límite donde termina la tierra y empieza este suelo metálico. Quizá sea lo mismo que impidió seguir avanzando a mi autobólido, del cual no ha quedado ni vestigios.

—¿Y cómo saldremos de aquí, sin tu vehículo? —preguntó ella, estremeciéndose.

Erik se encogió de hombros.

—Dios proveerá, amor. Tengamos fe.

Reanudaron la marcha a pie. ¡Qué marcha! Durante horas estuvieron caminando, aunque de vez en cuando volvían la cabeza, para comprobar que la cordillera de las hormigas parecía estar todavía allí, a escasa distancia. Esto empezó a dar idea a los atribulados terrestres que la curvatura de aquel suelo tan dilatadísimo era mucho menos que en la Tierra.

—Llevamos andando diez horas y parece que no nos hemos movido del mismo sitio.

—Pero hemos caminado más de sesenta kilómetros —respondió Erik—. Y al frente no se ve nada. Todo es liso como la palma de la mano. Será mejor que comamos algo. ¿Estás cansada, María?

—Un poco. ¿Podemos tendernos al suelo a dormir, verdad?

—Supongo que no habrá inconveniente.

Se sentaron en cuclillas y abrieron la caja de las vitaminas. En pequeñas píldoras, de distintos tamaños y colores, calcularon que habían allí provisiones para bastante tiempo. Sin embargo, carecían de agua.

—Bueno —comentó Erik, encogiéndose de hombros—. Sé de personas que han vivido muchos meses sin beber agua. Nosotros, físicamente fuertes, podremos resistir más tiempo. Veremos cuál es el límite, pero la verdad es que esto no me gusta nada.

Después de nutrirse, y permanecer un rato tendidos, mirando a la nada, decidieron reanudar la marcha.

—Fíjate, María. Este suelo está compuesto de planchas metálicas, cada una de las cuales tendrá unos trece metros y medio de longitud. Se conocen perfectamente las ensambladuras. Para no hacer esfuerzos inútiles, seguiremos sin desviarnos una de estas líneas de planchas. No debemos apartarnos de ella. Nos servirá de guía.

—¿Y las montañas a nuestra espalda?

—Sí. Hasta que veamos surgir algo allá, al frente.

—¡Hum! De este modo podemos recorrer miles de kilómetros sin encontrar nada.

—Pues hemos de encontrarlo, aunque demos la vuelta a este mundo. Adelante y no te desanimes. No hemos hecho más que llegar.

—No, si no es para mí. Recuerda que soy una atleta. Lo digo por ti, Erik. Quizá no lo resistas.

—Lo resistiré. ¡Llegaré hasta el fin o moriré en el intento!

Siguieron caminando durante diez horas más. Al volverse, tras la larga caminata, la montaña parecía algo más lejana y menos alta.

—¿Ves cómo vamos avanzando? —observó Erik—. Lo malo es que al frente no se ve nada en absoluto.

Y, sin embargo, pronto notaron una ligera diferencia sobre las planchas metálicas del suelo. En todas vieron ahora como unas ranuras lenticulares, por donde apreciaron como una oculta y afilada punta.

—¿Te imaginas que esto fuesen espadas y que, de pronto, salieran despedidas hacia arriba?

¡Y corrieron desesperadamente, huyendo de un peligro mortal!

CAPÍTULO VII



Í, eran como largas espadas de acero brillante!

Surgían del suelo con violencia, hacia arriba, aunque primero habían asomado las más distantes, y, sucesivamente, como una ola de espadas mortíferas, habían ido surgiendo las más próximas a la pareja.

Casi por fracciones de segundo, Erik y María, corriendo sobre el suelo lleno de ranuras, hasta caer sobre la última plancha lisa que habían pisado poco antes, lograron escapar de la muerte.

Ahora, cayeron al suelo, jadeantes, y mirando al trigal de espadas, de dos metros de altura, que se alzaba como un muro ante ellos, y que se extendía de norte a sur en todo lo que alcanzaba la vista.

—¿Cómo se te ocurrió que pudieran ser espadas? —preguntó Erik, todavía trémulo.

—No lo sé, Erik. Quizá fuese el instinto. Has de saber que las mujeres tenemos un sexto sentido que nos advierte muchas cosas, incluso de la infidelidad de los hombres.

—¡Vida mía, que continúe ayudándonos tu instinto! ¿Imaginas lo que habría pasado si todas esas espadas brotaran hacia arriba a

un mismo tiempo?

La multicampeona se tentó el cuerpo, como si sintiera en él los pinchazos de los afilados sables atravesándola.

—En menuda trampa nos hemos metido. ¿Debemos retroceder?

—Detrás, ya sabemos lo que nos espera. Después de muchas horas de caminar, nos veremos con los animales y las montañas. Sin embargo, podemos cruzar por entre esas espadas. No creo que salgan más, para espesar en mayor proporción el campo erizado de puntas. Examinémoslo con detenimiento.

Erik se acercó a donde nacían las primeras espadas y tocó una.

—Parecen de acero —comentó.

—Y suficientemente puntiagudas y afiladas para atravesarnos de abajo a arriba si nos llega a alcanzar una.

Por muchos esfuerzos que hicieron entre los dos, no hubo manera de romper ninguna, y mucho menos hundirla en su ranura. Parecían de una misma pieza con el suelo.

—Hermosa trampa —comentó María—. De todos modos, hemos de admitir que es un medio eficaz para hacernos correr.

—Y gracias a que las vimos surgir a tiempo —declaró Erik, quien añadió, tras una breve pausa—: Ahora, sólo nos falta decidir qué dirección tomamos. Al norte, al sur o cruzamos por entre este mar de sables erizados.

—Esto es un obstáculo, ¿no? —replicó María—. ¿Y no hemos venido aquí a salvar obstáculos? Pues esto mismo nos señala el camino. Debemos cruzar por entre las espadas y seguir adelante… ¡Pero abramos muy bien los ojos!

Así lo hicieron. Podían pasar fácilmente entre las espadas, aunque rozándolas con sus cuerpos. Y reanudaron la marcha, no tan aprisa como antes, pero dispuestos a salvar la nueva dificultad. Ahora, no obstante, ambos miraban al suelo con una atención preconcentrada.

Transcurridas cuatro horas de marcha en tales condiciones, vieron con alivio que las espadas terminaban, al fin. Mas, antes de abandonar el terreno ya conocido que dejaban atrás, bastante extenuados por el esfuerzo, decidieron descansar. Estaban seguros de que, al dejar el pavimento sembrado de sables de acero, les acecharía un nuevo peligro. Y querían estar descansados y despiertos para descubrir la nueva naturaleza del peligro.

Así pues, se tendieron, agarrados de las manos y quedaron dormidos al instante, como si yacieran sobre un blando y mullido colchón de espuma artificial.

* * *

Erik despertó primero. Consultó su reloj y vio que había dormido ocho horas seguidas. También calculó que llevaban tres días caminando.

María estaba dormida y no quiso despertarla aún. Por tanto, se levantó con sigilo y fue hasta donde terminaban las espadas, tentando las planchas del nuevo pavimento. No halló nada de anormal en ellas. Parecían igual que las anteriores a las ranuradas y que ahora alzaban al cielo verde las inhiestas puntas de acero afilado.

Tanteó con más fuerza y llegó a ponerse de pie sobre la primera.

No ocurrió nada.

¡Sin embargo, una trampa más astuta les aguardaba en aquellas planchas de trece metros y medio de cuadro, de la que habían estado a punto de costarles la vida!

Cuando María despertó, volvieron a ingerir las píldoras superconcentradas y reanudaron lo que parecía una interminable marcha.

—¿Piensas lo mismo que yo, Erik? —preguntó María, cuando llevaban recorridos buen número de kilómetros sobre el nuevo pavimento.

—¿En cuándo surgirá el nuevo obstáculo? —retrucó él.

—Sí.

—Pienso que aparecerá cuando menos lo esperemos. ¡Y cada vez lo deseo con mayor ahínco! —Erik miraba en tomo, intentando apreciar algo distinto en el monótono paisaje.

Muy atrás, quedaban las espadas. Mucho más, ya baja y menos visible, la cordillera. Y, sin embargo, al frente no veían absolutamente nada.

Por otra parte, lo que había caminado la pareja no era fácil que pudiera caminarlo un ser humano corriente. El mejor andador de la Tierra habría caído ya derrengado. En cambio, la singular pareja, apenas si sentía el dolor de sus pies.

—Sospecho que pronto aparecerá un nuevo peligro, Erik —musitó María, horas después.

—¿El instinto o intuición femenina? —inquirió él, deteniéndose.

—Sí, quizá. Pero también el convencimiento de que, si alguien pretende probar nuestra resistencia física en el caminar, hemos rebasado ya todos los pronósticos. No imagino que nadie crea capaz a los seres del fin de siglo caminar tanto.

—Es una buena razón, sí. Pero, dime, ¿puedes seguir adelante?

—Sí.

—Entonces, eso indica que no hemos rebasado el límite. Quizá la extenuación sea el final.

¡Pues yo no pienso caer extenuada jamás! —gritó María con furia latina—. ¡Caeré muerta antes de claudicar!

Diez horas después, derrengada hasta la extenuación, María hubo de admitir, entre sollozos, que ella también tenía un límite. Y, pese a todo, Erik seguía como si tal cosa.

—Me parece que te arrebato el «record», cariño —dijo él suavemente—. Sentémonos… Y lo peor que tiene este condenado mundo de Tribia es que todo es igual de monótono. No hay nada para orientarse, excepto las montañas de allá atrás, y que ya apenas si se ven.

Tomaron nuevas píldoras y se tendieron a descansar. Al momento quedaron dormidos.

* * *

Despertaron en el instante en que el suelo se inclinaba y empezaban a rodar hacia una oscura cavidad que se había abierto al desequilibrarse la plataforma sobre la que estaban tendidos.

—¡Agárrate a mí, María! —chilló Erik, deslizándose velozmente

sobre la plancha metálica, para aferrarse al borde superior, y no ser engullido por la cada vez mayor pendiente, hacia la negrura del interior.

Y logró aferrarse al extremo, cuando la plataforma tenía ya una inclinación de más de cuarenta y cinco grados. Con el rabillo del ojo, Erik vio que María no le había obedecido, sino que le imitó, subiendo también velozmente, para agarrarse al extremo superior de la plancha, que se había puesto vertical.

—¡Diablos! —masculló Erik—. Si caemos ahí…

—Pero ¿qué hay abajo?

—No lo sé. Todo es negro como la noche. Puede ser, un abismo sin fondo, cuya caída acabe con nosotros. Es mejor que te deslices a pulso hacia el extremo y saltemos sobre las planchas horizontales.

En efecto, todo el paisaje estaba ahora dividido en planchas oscilantes y fijas-horizontales. Las que oscilaban como la que estaban ellos, terminaron de ponerse verticales, dirigidas, tal vez, por alguna oculta maquinaria, mientras que las otras, una sí y una no, permanecían fijas y planas, formando entre sí un dilatado cuadriculado de negros agujeros.

Colgando sobre aquel abismo, Erik y María se deslizaron hacia un lateral, y primero él y luego ella saltaron desde seis metros y medio hacia la plancha horizontal, cayendo casi al mismo borde del abismo.

Ahora, todo el paisaje era distinto por completo al liso y continuado que habían dejado atrás. Pero se podía continuar adelante, avanzando en zigzag sobre las planchas.

Sin embargo, permanecieron sentados en el suelo, pálidos, mirando hacia la oquedad.

—Pudimos quedarnos a dormir sobre esta plancha fija —musitó María—. Nos habríamos evitado este tremendo susto.

—Estoy seguro de que, en tal caso, habrían sido estas plataformas fijas las que hubieran oscilado. De todos modos, estamos peor que antes, pues la caja de las vitaminas ha caído al vacío.

—¿Y qué vamos a comer? —preguntó ella, aterrada.

Erik se encogió de hombros, musitando:

—Cuando no podamos continuar, nos queda el recurso de pegarnos un tiro en la cabeza… ¡Esto se está haciendo intolerable!

—No podemos hacer eso. La Humanidad espera nuestra ayuda. Vamos, Erik. Anímate y continuemos.

Se pusieron en pie y reanudaron la marcha, avanzando ahora trece metros y medio al frente, otros trece y medio a la derecha, luego al frente y después a la izquierda, para mantenerse siempre dentro de una sinuosa línea recta y evitar los negros agujeros que fascinaban a Erik de un modo atrayente y suicida.

De esta forma, unas horas después llegaban al extremo del cuadriculado tablero metálico, pero antes ya habían avistado el nuevo y, al parecer, insalvable obstáculo.

¡Pues ante ellos se alzaba un muro, enteramente liso, de más de cincuenta metros de altura!

—¡Ni una mosca subiría par ahí! —exclamó María, acercándose a palpar la pulimentada superficie del muro—. ¡Resbalaría!

Erik se sentó en el suelo, a meditar y descansar. De ningún modo comprendía él que tal obstáculo fuese infranqueable. Por fuerza debía existir un modo de atravesarlo, pues ello, sin duda, no indicaba que debían retroceder.

—Éste es un problema que nada tiene que ver con la fuerza física o la resistencia —dijo Erik a María, la cual se había dejado caer a su lado, con expresión de infinito desaliento.

—Un problema sin solución. No hay modo de ascender ese muro. El único camino que yo veo es ir hacia arriba o hacia abajo, hasta encontrar una escalera o puerta.

—Pero ¿hacia qué lado? El muro se extiende en dos direcciones. He ahí la cuestión… De lo que no hay duda es de la avanzada técnica de los que han construido todo esto, empleando tantas toneladas de metal. ¡Pues no me irás a decir que esto es obra de la naturaleza!

—No, claro. Aquí han debido de trabajar durante muchísimos años. Y este muro parece de una sola pieza. Si existen soldaduras, yo no las veo.

Reflexionando sobre el problema, llegaron a una extraña conclusión. Fue Erik quien la expuso, haciéndose eco del pensamiento de María:

—Deduzco que se proponen probar nuestra inteligencia. Pero ¿de qué modo?

—Estoy de acuerdo contigo. Ahora bien, ¿qué esperan de

nosotros ahora? ¿Que nos separemos? ¿Que sigamos caminos opuestos?

—Tal vez. Que uno vaya hacia un lado y el otro hacia el opuesto.

—¡Pues yo no me separaré de tí! —gritó María, echando sus brazos al cuello de él.

—Está bien, campeona. Juntos hemos llegado hasta aquí y juntos seguiremos. Elige tú misma el camino a seguir.

María meditó un momento y, de pronto, exclamó:

—Vamos hacia allá. —Señaló el convencional sur.

—Pues en marcha.

Se levantaron y reanudaron la ya larga caminata; ahora teniendo a su izquierda el alto y metálico muro. No fueron muy lejos, sin embargo. De pronto, Erik observó unos guarismos, como grabados en el muro metálico.

—¡Oye, fíjate en eso! ¡Son números árabes y detrás del alfabeto hebreo o alefato…! ¡Qué contraste!

—¡Es un mensaje para nosotros! —añadió María—. ¿Conoces el significado de esas letras?

—Algo —contestó Erik—. En la Universidad de Tonsberg estudié lenguas muertas y sé que ese signo… Ése, que parece una «ene» con el trazo interior invertido, se llama «alef». La «Ce» al revés, «beth», y ese otro, en forma de «boomerang» australiano, es la «deleth». Sin embargo, me asombra que estén mezclados con números árabes. El uno, el tres, los dos seis y el nueve son inconfundibles.

Los guarismos, grabados en negro sobre el muro pulimentado, parecieron hipnotizar durante largo tiempo a los dos viajeros del cosmos, que llegaron a sentarse en el suelo, entre dos cavidades rectangulares, en una de las que habían estado a punto de caer al negro vacío, y estuvieron mirándolos, buscando el modo de comprender su significado.

Transcurrida media hora, María miró a Erik, el más absorto de los dos, y le sobresaltó, preguntándole:

—¿Has comprendido algo?

—No, nada en absoluto. Yo diría que es una ecuación matemática de profundo significado. Pero me extraña que, conociendo los números árabes, posteriores al alfabeto hebreo de Samaria, el grabador de ese mensaje los haya mezclado. Desde

luego, ha sido hecho por alguien que conoce nuestra historia o ha estado en la Tierra.

María escuchaba en silencio y comentó:

—He oído decir en alguna parte que los primeros habitantes de la Tierra vinieron de otro mundo y se establecieron en Palestina. Eso es un indicio. Y también sé que los llamados números árabes no fueron inventados por nadie, sino que su origen, mucho antes de los árabes, fue descubierto por un sabio sátrapa, extrayéndolos de un cuadro dividido en cuatro y cortado por dos diagonales.

—Sí, es cierto. Los números no son invención del hombre. Sus factores esenciales están expresados en la naturaleza, en la mecánica de los cielos, en las plantas, en los animales… ¡Todo está estructurado sobre bases matemáticas! Pero ¿qué significa eso? A ver, dímelo:

—Continúa estudiándolo. Haz combinaciones con esos guarismos. Apuesto a que está dentro de nuestra comprensión.

—¿De veras? ¿Y por qué no me dices tú lo que significa?

La multicampeona colombiana se enfrascó en la intensa lectura del guarismo. De aquel modo, hiperconcentrado en el estudio, Erik no se dio cuenta de que transcurrían las horas.

Sin embargo, una idea estaba formándose en su mente. Llegó a intuir de modo confuso que si solucionaba el problema encontraría el modo de salvar el muro. Sin embargo, en las veintidós siglas que bailaban ante sus ojos, entremezcladas unas con otras, algo se le escapaba.

—¿Es que puede haber una ecuación matemática que nos permita subir por esa pared sin otros medios que las manos? —preguntó, de pronto, María, hastiada—. Déjalo y vámonos. Continuemos.

—¡No, aguarda! —contestó él, poniéndose en pie de un salto—. ¡Creo que ya lo tengo solucionado!

—¿Eh?

—Sí. Fíjate en los números y las letras. ¡Está clarísimo! Se trata de estos fosos que tenemos alrededor. Si partimos desde aquí, contamos uno a la derecha, tres a la izquierda, o sea, retrocediendo por donde hemos venido. Luego, seis fosos a la derecha y otros seis a la izquierda; y, por último, nueve al frente.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó María más que atónita.

—¡Porque lo dice ahí! Estudié el hebreo samaritano en la Universidad. Ven, ayúdame a contar los cuadros negros.

Con cierta desgana, María siguió a Erik en su camino en zigzag desigual, sobre las plataformas. Al mirar al negro vacío de las que estaban abiertas, ambos jóvenes sentían vahídos, dado que intuían una profundidad insondable. Pero, sorteando los fosos, llegaron hasta un punto, donde Erik dijo, señalando con la mano:

—Tiene que ser ese recuadro.

—¿Y qué esperas encontrar ahí? —preguntó María, al acercarse.

—Un agujero como los demás. Pero donde nos podemos lanzar sin peligro.

—¿Lanzarnos dentro? —casi gritó ella, aterrada.

Erik sonrió y se acercó al borde del foso que creía el indicado por las instrucciones halladas en el muro. Allí, mirando la negra boca, musitó:

—Es mejor cerciorarse bien. Podemos habernos equivocado en la cuenta. Voy a desandar el camino hasta el muro. Tú espérame aquí. ¡Y no te muevas!

Antes de que ella pudiera responder, Erik se alejó, volviendo a contar detenidamente los recuadros que transitaba, hasta llegar ante el muro. Allí, volvió a leer durante un rato los guarismos y los números, murmurando.

—«… y allí, el vacío será blando». ¡No hay la menor duda! Eso quiere decir que, si nos tiramos, no sufriremos daño.

Desanduvo el camino, volviendo a contar los recuadros, hasta que llegó exactamente a donde esperaba María, la cual exclamó, al verle:

—¡Creí que no volverías!

—No temas, amor mío. —Erik se acercó a ella y la tomó del brazo—. Ven. Estoy seguro de no haberme equivocado. Me lo dice la lógica, el consciente y el subconsciente. Sé que es así… ¡Hemos de dejarnos caer en ese agujero! Es una prueba de inteligencia y de audacia. La inteligencia la he demostrado al conseguir descifrar el mensaje. La audacia la vamos a demostrar ahora, arrojándonos dentro de ese agujero.

—¡No, yo no me tiro ahí! —chilló María, retrocediendo del borde al que la empujaba suavemente Erik.

—Tú harás lo que yo haga. ¿No me quieres? ¿No vamos juntos?

—Sí, pero… —María vaciló.

—Pues ten confianza en mí.

De súbito, Erik abrazó a María, al par que la empujaba hacia el borde de aquel abismo sin fondo. Instintivamente, ambos cerraron los ojos. ¡Y la caída en un ambiente de negrura fue vertiginosa!

Revoloteando en el vacío, vieron arriba, distanciándose, el rectángulo cuadrado de luz verde, que, en pocos segundos llegó a ser un leve punto.

Sin aliento, esperando el golpe fatal de un instante a otro, abrazados, continuaron descendiendo hasta que, de un modo suave, paulatino, el veloz descenso fue amortiguándose y, al poco, sintieron como, si flotasen en un medio denso, como acolchado.

—¡Acerté! —exclamó Erik.

—¿Qué has acertado? —preguntó María, en la oscuridad.

—Éste era el camino exacto. En realidad, el grabado indicaba dos caminos. Uno nos permitía continuar adelante, ¡el otro nos llevaba a la muerte! Tuve que decidirme por uno de los dos y elegí éste.

En aquel instante, los pies de Erik y María tocaron el suelo mansamente y, al instante, se encendió una luz verde, alumbrando un alto túnel que se perdía en las profundidades.

—¿Ves? —remarcó Erik—. El lecho de aire a presión ha amortiguado nuestra caída. El otro pozo era un engaño: Si nos lanzamos a él, ya estaríamos muertos.

—¿Y no sabías con exactitud cuál era de los dos?…

CAPÍTULO VIII

URANTE muchas horas habían caminado por aquel túnel sin fin.

Tampoco habían podido averiguar de dónde procedía la luz que les iluminaba. Sobre esto, Erik Fugley había dicho.

—Parece filtrarse a través de los muros, o bien éstos son luminiscentes.

—Sí, Erik. Todo lo que quieras. Muy interesante, sorprendente y extraño. Pero yo no puedo seguir adelante… Estoy desfallecida.

Tuvieron que sentarse a descansar. Ahora no tenían píldoras que llevarse a la boca, y el hambre, unido al agotamiento, les hacía intuir un futuro sombrío.

Así, tendidos en el suelo metálico del túnel, se quedaron dormidos:

¡Y al despertar se encontraron flotando sobre un líquido semejante al agua, que estaba a media altura del túnel!

—¡Eh, María! —gritó Erik, braceando para no hundirse.

Ella abrió los ojos, y, al verse flotando, se agitó, desesperadamente, para desaparecer bajo el agua de verdosa coloración. Erik se zambulló también para sujetarla. Sin darse cuenta, en su boca penetró algo de aquel líquido y sintió un fuerte

escozor.

Al salir de nuevo a la superficie, con María, Erik escupió y masculló:

—¡Condenado me vea! Esto parece un ácido corrosivo… ¡Me ha abrasado la boca! ¿Cómo te encuentras, María?

—¡No me quito los sustos del cuerpo! ¿Es una nueva prueba esta inundación? ¿Que hacemos?

—Nadar, ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Yo estoy desfallecida, Erik. No me importaría hundirme aquí y terminar de una vez. Creo que la Humanidad no merece el esfuerzo que estamos haciendo por ella.

—Ánimo, querida —la alentó Erik—. Tú eres «recordwoman» mundial de natación en varias especialidades, ¿no es así? Pues, vamos. Hay que seguir.

Esta vez, les había tocado nadar. Antes tuvieron que correr y pensar, ¿qué les esperaba más adelante?

Desde luego, nadar sobre aquel líquido que, al contacto con su boca parecía quemarles, era como si nadasen en agua, dado que la densidad, y por tanto la flotabilidad, era la misma. Pero el túnel no parecía terminar nunca.

Al cabo de cinco horas, tanto Erik como María nadaban de modo instintivo, moviendo automáticamente los brazos, sintiendo que de un momento a otro les abandonarían las fuerzas. Sin embargo, de cuando en cuando, y cada vez con más frecuencia, se detenían a descansar, tendiéndose sobre el líquido, cara arriba.

—¿Cuándo terminará esto? —preguntó María, jadeante—. Calculo que hemos recorrido ya más de veinte kilómetros.

Terminó casi de repente.

Seguían nadando, extenuados, cuando Erik sintió que sus manos tocaban el suelo. Entonces comprendió que podían ponerse de pie y lo hizo. María, con los brazos colgando a lo largo del cuerpo, le imitó, sin hablar.

Erik la sostuvo, al par que la animaba:

—Ánimo, María. Sé fuerte. Hemos de hallar la salida de este túnel infernal.

—Sí…, sí…

El piso debía ser ligeramente ascendente, pues, al poco, el líquido verdoso fue dejado atrás. Y casi en seguida encontraron el

final del túnel. Un muro se interponía ante ellos. Pero sobre sus cabezas vieron cómo una chimenea, por el centro de la cual colgaba una cuerda flexible y metálica, con algo parecido a nudos o muñones de trecho en trecho.

Dando un salto, podían alcanzar el extremo de la extraña cuerda. Pero la chimenea era muy elevada. Erik calculó que, para salir a través de ella, sería preciso trepar más de un kilómetro.

Este pensamiento le aterró. María no estaba en condiciones de efectuar tal escalada, sin más ayuda que sus brazos.

Miró a la multicampeona, que había quedado sentada en el suelo, al encontrar el túnel interceptado, y musitó:

—Levanta la cabeza y mira arriba, María.

Con abatimiento, ella obedeció y se quedó mirando la chimenea que ascendía en línea recta. La cuerda, que oscilaba un poco, pareció fascinarla durante un largo rato. Al fin, con voz doliente, preguntó:

—¿Hemos de subir por ahí?

—Eso me temo.

—No, prefiero quedarme aquí.

Fatigado también, Erik se sentó a su lado y la tomó por los hombros. Guardó silencio unos minutos, y luego dijo:

—Quizá yo estoy más extenuado que tú, María. Sin embargo, mi hombría me impide renunciar ahora.

—Es que, caso de que podamos llegar arriba, encontraremos nuevas dificultades, nuevos obstáculos. Y hace muchas horas que no reponemos energías, Erik. Quienquiera que ideó todo esto debió de imaginar que necesitamos comer. Somos de carne y hueso, no máquinas.

—Estos obstáculos están preparados para seres de carne y hueso, María —respondió él—. Pero te diré algo más. Nosotros, los humanos, estamos equivocados sobre nuestras posibilidades de resistencia. Te puedo explicar casos de hombres y mujeres que han sobrevivido en las condiciones más desfavorables. La resistencia humana, en individuos bien constituidos, como tú y como yo, está en relación directa con su fuerza de voluntad. Un hombre, por ejemplo, en un desierto de Marte, estuvo caminando durante cinco meses, sin comer ni beber. Naturalmente, se mantenía de pie por puro instinto de conservación, pero él mismo declaró, al final,

cuando fue socorrido, que habría continuado caminando bajo aquel sol infernal toda su vida, si hubiera sido preciso. Por eso te propongo que descansemos y luego intentemos salir de aquí.

—Está bien, Erik —musitó ella, cerrando los ojos.

Se durmieron uno en brazos del otro. Antes de apoyar su cabeza en el duro suelo, Erik consultó su reloj de pulsera. Las agujas marcaban las ocho, aunque ignoraba si eran de la noche o de la mañana, dado que allí no existía la noche o el día. Siempre era igual.

Al despertar, vio que eran todavía las ocho. Esto le hizo suponer que habían dormido doce, veinticuatro o treinta y seis horas. También observó Erik que su debilidad era extrema.

Sacudió a María para despertarla.

—Vamos, querida. Hay que intentar la escalada.

Ella parpadeó, se incorporó y le echó los brazos al cuello.

—Cuando quieras, mi amor.

Fue Erik quien saltó, agarrándose al extremo de la cuerda metálica. Allí colgado, dijo:

—Sube por mi cuerpo y te evitarás el salto. ¡Adelante, María!

Ella se encaramó por las piernas de él, con cierta agilidad no exenta de entorpecimiento, dado la fatiga, y, pasando sobre sus hombros, se aferró a la cuerda. De este modo, ella delante y él detrás, iniciaron la fantástica escalada por el túnel ascendente que no tendría más de tres metros y medio de diámetro, liso por completo; por tanto, en sus paredes no había asidero de ninguna clase. Sólo la cuerda, colgando en el mismo centro, infinitamente larga, les servía de asidero. Por suerte, cada veinte metros, el nudo o muñón les permitía un relativo descanso, aferrándose a él con piernas y manos. Luego, tras un breve descanso, siempre colgados en el vacío, reanudaban la ascensión, procurando no hablar para fatigarse menos. En su estado de agotamiento era preciso aprovechar todas las ventajas imaginables.

A mitad del trayecto, ya casi no podían continuar. Les dolían los brazos y las manos, pues no había más remedio que subir a pulso, ganando palmo a palmo la interminable longitud de la sólida cuerda metálica.

En uno de los descansos, Erik miró a lo alto, a donde una viga sostenía la cuerda, al fin de la escalada, y manifestó:

—Ya no falta mucho, María. Procura no soltarte ahora, pues una caída desde esta altura sería fatal. No creo que abajo haya aire a presión para sostenernos.

—No caeré —respondió ella, con los labios apretados—. Tengo que llegar. Continúo la subida.

Y reanudó, a fuerza de músculos, la tremenda escalada a pulso.

Catorce horas exactamente duró aquel esfuerzo titánico. Pero, al fin, María se aferró a la viga, se impulsó con las últimas fuerzas, y salió del pozo, quedando tendida, sin aliento, sobre una superficie como la que habían recorrido al principio, al abandonar el autobólido. Sin embargo, bastantes kilómetros, pudieron ver el muro metálico que les había interceptado el paso, y que, dedujeron, habían cruzado bajo el suelo.

Erik se reunió con ella y ambos quedaron tendidos sobre el suelo metálico, mirándose con ojos de triunfo, pero jadeando.

—Lo hemos conseguido, ¿verdad?

—Sí, nada se interpone ante nosotros —respondió ella—. Somos invencibles. Ahora es cuando necesitaría algo que comer. Soy capaz de empezar a mordiscos contigo.

* * *

No se quedaron junto a la boca circular del pozo. Se levantaron con esfuerzo, y empezaron a caminar, dejando el muro a su espalda. Y a los pocos minutos, empezaron a ver en el suelo como unos agujeros o alvéolos. Se acercaron a ellos y en todos, aunque había muchos, que se extendían en una larga fila, paralela al muro dejado atrás, vieron algo que parecían pequeños panes, de tacto muy tierno.

—¿Eh, qué es esto? ¿No será alimento puesto aquí para que lo encontremos? —preguntó María.

—El hambre te hace ver comida por todas partes. Déjame examinar esto antes de comerlo.

Erik tomó uno de los panecillos de la cavidad que los albergaba

y lo olfateó. No olía a nada, pero pesaba poco y era blando como el pan. Al estrujarlo, un líquido lechoso cayó al suelo. Se arrodilló, humedeció ligeramente el dedo índice en el líquido y se lo llevó a los labios.

Al degustarlo, murmuró:

—¡Hum, no es malo! Pero no sabe a nada. ¿Qué hacemos?

—Desde luego, yo voy a comer —respondió ella, resuelta.

Y tomando uno de los panecillos de la cavidad, se lo llevó a la boca. Antes de morderlo, Erik le sujetó la mano, conteniéndola.

—Espera, deliberemos antes. Esto igual puede servir para comer como para acabar con nosotros. Yo lo he probado y no me parece mal. Pero puede ser venenoso. En muy poco tiempo lo sabremos… Por tanto, ¿qué necesidad hay de que nos sacrifiquemos los dos? Si uno muere, el otro ya sabe a qué atenerse. Déjame que sea yo quien haga de conejillo de Indias.

—Gracias, Erik. Eres maravilloso. Aunque pienso que, si esto lo han puesto aquí para alimentarnos, ¿no te parece que han puesto demasiado alimento?

Erik tenía ya el panecillo ante la boca, para morderlo, cuando fue ella la que le detuvo, diciéndole:

—No… No quiero que te sacrifiques por mí. Escúchame. Tenemos hambre y estamos exhaustos, pero si los «Antiguos Sabios» pensaron en reponer nuestras fuerzas, ¿por qué no lo hicieron en el túnel, por ejemplo? Allí, en una hornacina, un vaso de leche y un panecillo habría sido revelador. Aquí, tantos miles de panes me dan mala espina. Y quien ha resistido tantas horas sin comer, ¿por qué no puede resistir un poco más?

Erik arrojó el panecillo al suelo.

—Está bien. Adelante. Continuemos el ayuno.

Caminar ahora sobre la lisa superficie era bastante fácil, a pesar de estar extenuados. Sus pies se movían instintivamente. E incluso parecía que sus estómagos habían dejado de contraerse ya, renunciando a reclamar el alimento que tanto necesitaban.

Así, durante horas y horas, caminaron sobre las planchas metálicas llenas de alvéolos con panecillos tentadores. La pareja procuraba no mirarlos, y seguían su marcha, sorteándolos.

Al fin, surgió el nuevo obstáculo. Ya hacía tiempo que lo esperaban y no se sorprendieron. En esta ocasión, la dificultad que

entorpecía su avance les resultó familiar.

Ante ellos vieron una zanja, de unos treinta metros de profundidad, cuyo fondo estaba erizado de afiladas lanzas, muy semejantes a las que les dieron el gran susto al salir bruscamente del suelo.

¡Y la zanja tenía una anchura de ocho o nueve metros!

—¡Vaya! —exclamó María, hay que saltar ese foso… ¡Y el fracaso está muy penalizado aquí, por lo que veo! ¿Te atreverás a saltar eso?

Erik asintió.

—Necesitaré tomar impulso, pero saltaré. Lo peor no es eso, sino que más allá veo nuevas zanjas, y, si la vista no me engaña, son algo más anchas que esta primera.

—Atiende, Erik. No estamos en condiciones de efectuar estos saltos. Si caemos al fondo…

—Descansemos primero, María. Pero te advierto que no me importa caer al fondo y ensartarme en esas lanzas. He resuelto continuar, y, mientras haya fuerza en mi cuerpo, lo intentaré. No sé lo que habría hecho otro en mi lugar, pero ¡yo saltaré!

—Tú no eres un atleta profesional, Erik —suplicó ella.

—Quizá sea algo más. Los ejercicios físicos que he debido realizar para llegar a ser astronauta quizá te harían palidecer, a ti, que eres tan famosa como atleta. Pero yo no me he exhibido ante el público, sino en la soledad del espacio, viajando hacia Marte o hacia Venus. No temas, María. Saltaré esa distancia.

—¡Y yo también!

En efecto, saltaron ambos la primera zanja, tomando carrerilla desde larga distancia, y sobrepasando los ocho metros y medio con bastante margen. Sin embargo, en la zanja siguiente encontraron menor distancia para tomar impulso y mayor anchura de salto.

Tras un breve descanso, Erik se dispuso a saltar de nuevo. Y con menor carrera, sacó menos margen al otro extremo de la segunda zanja. Por su parte, María saltó algo más que él.

En estas condiciones tuvieron que saltar doce veces. Pero las zanjas eran cada vez más anchas. La última, Erik calculó que tendría más de nueve metros. Y el espacio que les quedaba, entre zanja y zanja, para poder tomar impulso, era más reducido.

¡Y, frente a ellos, aún quedaban un número ilimitado de zanjas,

todos las cuales tenían el fondo erizado de mortales lanzas!

El único modo de solucionar la dificultad fue prolongar los descansos. Después de cada tremendo salto, la pareja se tendía en el suelo y descansaba, concentrándose para el siguiente.

—¿Cuándo terminará esto? —preguntó María.

—Te he oído esa pregunta más de un centenar de veces, cariño. ¿Por qué no preguntas otra cosa? ¿Qué quieres que yo te diga? Sólo sé que me anima un deseo insano de continuar venciendo obstáculos… ¡Y cuanto más difíciles sean, tanto mejor! ¡No pienso renunciar por nada en el mundo! ¡Si los que nos han traído aquí no desean matarnos, cosa que pueden hacer fácilmente, saldré adelante!

El tono frenético en las palabras exaltadas de Erik Fugley hizo estremecerse a María, la cual estaba empezando a comprender que los seres humanos poseen una tenacidad que les permite afrontar los mayores peligros valiéndose del acicate del infortunio y la adversidad.

—¡Y cuanto más difíciles sean las pruebas, más empeño tendré en vencerlas! —casi aulló Erik.

Luego, se puso en pie y echó a correr hacia la siguiente zanja, saltándola con algo más de margen que la vez anterior. Y Erik continuó corriendo y saltando sobre aquellas zanjas fatídicas.

—¡Espera! —le gritó María—. No seas loco… ¡Eso que haces es un suicidio! ¡Puedes fallar y…!

En efecto, en aquel mismo instante, quizá debido a que la estaba escuchando, Erik falló el salto. Llegó al otro extremo de la zanja y sus pies encontraron el vacío.

¡Bajo él, las erizadas lanzas parecían esperarle ya!

Pero el impulso hizo que Erik golpease el borde opuesto de la zanja con el pecho. Resbaló hacia abajo, cayó… ¡Pero sus manos se aferraron en el último instante al filo del abismo!

El grito desgarrador de María llenó el aire.

Corrió como transfigurada y saltó con ímpetu, hacia donde él permanecía colgado por las puntas de los dedos.

María saltó bien y se volvió para ayudar a Erik a salir del apuro, sujetándole por las muñecas. Una vez fuera del peligro, estuvieron largo rato abrazados, temblando, hasta sosegarse.

—Perdona, María. La soberbia me ha cegado.

—¡Fue culpa mía, por gritarte cuando saltabas! Y en estos saltos hay que concentrarse mucho… ¡Prométeme que serás prudente!

—Sí, María. Lo seré… Te ruego que me perdones.

Se tendieron en tierra, a descansar y luego reanudaron los saltos, con el mismo método anterior. Cuando vieron que sólo les quedaban cuatro, aunque de más de diez metros, decidieron descansar y dormir.

—Los saltaremos, querida —la animó él—. Descansaremos el tiempo que sea preciso.

Volvieron a dormir. Y, al despertar, efectuaron los preparativos para los cuatro últimos saltos. Antes de realizarlos, midieron el terreno que disponían para tomar carrera, muy escaso ya, y María sugirió quitarse los zapatos de fibra-cristal que llevaban.

—El pie desnudo tiene más adherencia en este suelo liso, Erik —dijo la multicampeona.

—¿Y vamos a renunciar a nuestros zapatos?

—Incluso a las ropas, si fuera preciso. Y te sugiero que te quites el uniforme. Déjalo aquí y yo te lo lanzaré cuando estés al otro lado.

Erik se despojó de sus ropas, quedando en «Slip», y efectuó unos cuantos ejercicios. Sintió mareos, de debilidad. Pero algo le decía que las pruebas estaban a punto de acabarse. Quizá, una vez salvadas aquellas cuatro últimas zanjas, encontrasen lo que andaban buscando: ¡el modo de apagar la luz verde que lo invadía todo!

Situándose al borde mismo de la zanja que habían saltado por última vez, Erik tomó carrera impetuosa, llegó al filo de la que iba a saltar y se apoyó en él, impulsándose con fuerza y flexionando las piernas en el aire.

Conteniendo el aliento, María le vio cruzar por el aire y caer al otro lado, algo más allá del borde de la zanja.

—¡Hurraaa! —gritó María, entusiasmada—. Ahora voy yo. Prepárate por si no llego y tienes que recogerme… Toma las ropas.

El uniforme de Erik y los zapatos de ambos, pues María continuaba llevando su atuendo deportivo, cruzaron sobre la zanja hacia Erik, quien lo recogió todo y lo depositó en el suelo, mirando a su compañera que se disponía a efectuar su salto.

María tomó carrera y saltó limpiamente, como una grácil paloma remontando el vuelo, para caer al lado de Erik.

De esta forma realizaron los otros tres saltos y no ocurrió el

menor incidente. Ante ellos no había ninguna zanja más. Erik se vistió, se pusieron los zapatos, y, aliviados, reanudaron la marcha.

No fueron muy lejos. Al poco rato, la ilimitada plataforma pareció terminar en una rampa. Corrieron hacia el borde de ésta para ver lo que había en el fondo… ¡Y allí quedaron boquiabiertos!

En el centro de un inmenso alvéolo circular, de muchos kilómetros de anchura, vieron la más fabulosa ciudad metálica que hayan podido contemplar ojos humanos. Vieron calles, plazas, avenidas y múltiples edificios de una arquitectura valiente y audaz, todos del mismo color plateado, y pareciendo desafiar las leyes del equilibrio.

¡Allí estaba la fabulosa ciudad de Tribia!

CAPÍTULO IX

EL fondo de aquel inmenso recipiente, la enorme metrópoli se extendía en algunos cientos de kilómetros, tal vez construida en el hoyo para protegerla de posibles vientos. En realidad, todo ello, recipiente y población, no era otra cosa que un enorme espejo cóncavo del cual surgía la luz verde que lo envolvía todo.

En aquel momento, Erik y María no se dieron cuenta. Sin embargo, la verdad era que la metrópoli estaba iluminada, al igual que todo el inmenso planeta con aquel fantástico color.

A cierta altura, la rara atmósfera que envolvía Tribia, un superplaneta sin rotación, transformaba la luz y la condensaba en un rayo, después de haber iluminado el suelo en toda su superficie, dado que, en realidad, el gas atmosférico tenía la propiedad de difundir la claridad en todos sentidos.

—Evidentemente, hemos de descender a ese lugar —musitó María, al recobrarse de su estupor.

—Desde este momento podemos decir que se trata de una ciudad muerta. No se ve a nadie, ni ser ni máquina, moviéndose por parte alguna.

—El «Olvidado de Dios» nos dijo que los antiguos sabios habían muerto —recordó María.

—¿Y dónde está el origen o fuente de la luz? Eso es lo que conviene averiguar ahora.

—¡Yo quiero comer!

—Bien, vamos. Quizá encontremos algo.

Bajar por e) declive hacia la metrópoli resultó fácil. La pendiente les hacía avanzar aprisa, sin esfuerzos. Incluso, dejándose rodar, habrían llegado ante los setos artificiales que bordeaban por entero la población silenciosa y desierta.

Saltaron el seto y cruzaron algo así como parterres de una extraña hierba rojiza, por los que se caminaba blandamente, hasta llegar a una amplia avenida. Allí vieron, con asombro, que el suelo era móvil y avanzaba en varios sentidos y a distintas velocidades. En los cruces de otras avenidas, las cintas móviles pasaban por encima de forma que las gentes que iban en un sentido no pudieran tropezar con las que las cruzaban. Pero no viajaba nadie en aquellas avenidas movibles.

También observaron una esmerada limpieza. El polvo no existía, ni el desorden, y todo cuanto veían y tocaban obedecía a fines estrictamente funcionales. Otra cosa que observaron era que las casas, de múltiples formas, carecían de puertas.

Sintieron curiosidad por conocer por dentro una de tales viviendas y entraron, hallando en todas partes habitaciones cuadradas y vacías, sin adornos de ninguna especie, ni muebles, ni armarios.

—Nos hemos metido en una casa deshabitada —comentó María —. Aquí no debe de vivir nada.

Pero las demás estaban en las mismas condiciones.

Y, por casualidad, Erik descubrió el misterio. Fue al decir a María en voz alta:

—Me gustaría encontrar una blanda cama donde poder descansar.

¡Y como si sus palabras fuesen un conjuro, se abrió silenciosamente una oquedad en el muro, y una superficie blanca y flotante, sin patas, ni apoyada en nada, surgió para situarse en medio de la estancia vacía!

—¡Esto es magia! —exclamó María.

Receloso, Erik se acercó y tentó la superficie flotante y rectangular, con dos metros y medio de largo por uno y medio de ancho.

—Es curioso. ¿Cómo se sustenta esto en el aire? —inquirió Erik, tocando y comprobando la blandura del objeto, muy parecido a blanda nieve, pero a la temperatura ambiente.

Y como no cediera bajo sus manos, se sentó. El rectángulo cedió ligeramente bajo el peso de Erik, pero no se hundió. El astronauta terminó por tenderse, ante el asombro de María.

—Ya lo entiendo —exclamó ella—. En estas casas, pides algo y te sale de las paredes. Voy a pedir alimentos.

María incluso llegó a gritar, pidiendo comida, pero nada ocurrió. Y a Erik, tendido en su blando lecho, se le ocurrió decir:

—Quizá esto no sea la cocina. Ve a otra habitación y pide comida. Pídelo en todas las habitaciones que encuentres.

María no se hizo repetir el ruego y salió en seguida. Erik estaba ya casi dormido cuando ella apareció con el rostro demudado.

—¡Erik Fugley! ¿No me has oído llamarte?

—No. ¿Me has llamado?

—Sí, he encontrado alimentos. ¿Pero no me has oído? Estas habitaciones no tienen puertas.

Descubrieron que uno a cada lado de la puerta se veían gesticular, pero no escuchaban sus palabras. Pero cuando estaban juntos en la misma habitación se oían perfectamente.

—¡Esto es formidable! Algo recoge los sonidos e impide que pasen a los demás cuartos.

¡Pero más formidable era la mesa que encontró Erik en una habitación cuya larga ventana daba a la calle!

—¡Oooh! —Y la exclamación no era para menos.

Sobre una plancha metálica, de dos metros de largo por uno de ancho, vio los platos más bien servidos de su vida. Allí había carne en salsa, asada, rustida; frutas extrañas y aromáticas, fuentes con mermelada, algo parecido a la leche, pan… ¡Pan de trigo, idéntico al de la Tierra!

Y nada parecía sostener la mesa.

—Pedí comida y el suelo se descorrió, para que apareciera todo eso —explicó María, llena de gozo—. Supongo que no estará envenenado.

—¡Si lo está, tanto mejor! Todo esto, con veneno, me sabrá a gloria.

Erik se acercó a la mesa. Y recibió un sobresalto al notar que algo ascendía detrás de él. Se volvió raudo y vio que se trataba de una especie de silla, con respaldo, que brotaba del suelo.

Detrás de María surgió otra silla. Se sentaron y empezaron a comer. ¡Todo resultó exquisito y nutritivo, pese a que jamás lo habían probado!

El pan era algo dulzón, como brioche. Y la pareja hizo un buen consumo de todo. Incluso bebieron un vino que parecía néctar o ambrosía.

Al terminar, cuando la mesa contenía aún la mayor parte de los manjares, Erik exclamó:

—Perdono a los «Antiguos Sabios de Tribia» todo lo que nos han hecho pasar. Ahora, cien horas de sueño en el lecho que he descubierto, me dejarán como nuevo, dispuesto a desandar el camino por donde hemos venido.

Al regresar a la habitación vacía vieron que el colchón de espuma blanca había desaparecido. Pero al manifestar Erik su deseo de dormir, surgió del muro del mismo modo que había salido anteriormente.

Y se tendieron los dos en él.

Estaban seguros de haber triunfado en la gran prueba.

* * *

Estuvieron recorriendo la enorme ciudad durante mucho tiempo. Erik calculó que llevaban allí varias semanas. Pero no tenían el menor problema. Todo estaba resuelto para ellos. Si sentían hambre, entraban en cualquier edificio, recorrían las habitaciones, hasta dar con el comedor —para ello sólo tenían que pedir alimentos— y pronto estaban servidos. Para descansar ocurría lo mismo.

Sin embargo, al fin hubieron de detenerse y preguntarse:

—¿Qué hacemos aquí?

—Buscar el modo de apagar la fuente de la luz —replicó Erik—. Aunque no tenemos prisa.

—Ya lo hemos visto casi todo. Los que vivieron aquí debían pasarlo divinamente. Pero ¿dónde se divertían? ¿Sólo comían y dormían? ¡No hemos visto fábricas, talleres o laboratorios!

Tampoco habían visto anuncios, letreros ni numeraciones. Las calles y avenidas, todas provistas de aceras móviles y en funcionamiento, no eran iguales entre sí. Constantemente encontraban lugares nuevos, plazas, con parterres de hierba rojiza y obeliscos multiformes, a modo de estatuas raras. Pero ni un retrato, ni pintura, ni nada.

Casas, edificios raros, anchos unos; altos y circulares, elípticos, achatados y largos, espirales, todos provistos de ascensores neumáticos para subir de un piso a otro, y habitaciones por completo vacías. Ni siquiera encontraron libros.

Cuando lo hubieron visto todo, o casi todo, Erik y María estaban como el primer día que llegaron allí, sin saber qué hacer ni qué decir. Por otra parte, el agotamiento de la gran prueba había desaparecido y ya se limitaban a comer normalmente.

—Hemos de hallar el modo de apagar la luz. Si es electricidad, espero que todo quede paralizado. Y si es algún otro fenómeno, nosotros debemos descubrirlo —dijo Erik—. Y mi creencia es que el origen y la maquinaria de todo esto debe estar bajo nuestros pies, dado que encima no hay nada.

—¿Quieres decir que habrá algún sótano? —inquirió María.

—U otra ciudad subterránea. Hemos de encontrarla.

A partir de aquel momento, en todas partes donde iban formulaban el deseo de ver lo que había debajo de la metrópoli. Y también fue casualidad, pero lo encontraron. Y fue cuando María abandonó una de las cintas móviles y saltó a un parterre de hierba rojiza. Erik, que iba detrás de ella, dijo:

—Esos parterres son lo único que nos falta par registrar.

—Pues esto es sólido —contestó María, golpeando el piso con el pie—. Aquí no hay ninguna entrada.

¡No había terminado de decir esto cuando todo el rectángulo cedió y la pareja se vio descendida hacia el subsuelo de la metrópoli!

—¡Oh! ¿Qué es esto? —gritó María, acercándose a Erik y abrazándole.

Sobre sus cabezas, el rectángulo dejado por el parterre al hundirse, fue cerrándose, por ambos lados. Y, cuando se cerró completamente, la pareja sintió que la especie de montacargas que los descendía se paraba.

Antes de esto habían mirado a su alrededor, hallándose en una dilatada nave, sostenida por extraños pilares exagonales, que tenía toda la apariencia de un enorme taller. Por todas partes se veían enormes máquinas de complicado diseño. El suelo, a excepción del parterre que ellos pisaban, estaba surcado de vías hundidas en el suelo y que se extendían a lo largo y a lo anche de la nave, sorteando las máquinas.

—¡Mira allá! —exclamó Erik, con el brazo extendido.

A lo lejos, como en el centro de la enorme nave, cuyo techo tendría más de cien metros de altura, vieron algo así, como un gran cristal cuadrado que iba desde el suelo hasta el techo.

¡Y dentro del cristal, que en realidad era una cabina de cuarzo transparente, existía una fluorescencia verdosa más potente que la luminiscencia que reinaba en el exterior!

—¿Será eso el origen o fuente de luz? —preguntó María.

—Vamos hacia allá. Pronto lo sabremos.

Salieron del parterre y caminaron sobre las vías. A medida que se iban acercando a la enorme caja fluorescente, sentían como si algo invisible les impidiera continuar avanzando, y llegó un momento a un kilómetro de distancia de la caja de cristal, en que ya no podían mover ni los pies ni las manos.

—¡Es inútil! —exclamó Erik—. Algún influjo magnético nos impide acercarnos.

María miraba como hipnotizada al fabuloso muro de cuarzo. Dentro sólo había fluorescencia verdosa, muy densa, muy brillante. La atleta se había detenido y no respondió a las palabras de él.

—¿Qué te ocurre, María? —insistió Erik, moviéndose torpemente hacia ella.

La muchacha no respondió. Ni siquiera le miró. Estaba ya como si fuese una estatua, con el rostro desencajado y los ojos muy abiertos… ¡Y su faz iba adquiriendo la tonalidad fuertemente verdosa de cuanto les circundaba!

Erik se acercó a ella haciendo un esfuerzo sobrehumano y la tocó, zarandeándola.

¡Pero María, al ser tocada, se desplomó pesadamente!

¡Y en el suelo continuó en la misma postura en que había quedado de pie, con una mano adelante y otra a trás, y las piernas del mismo modo!

—¡Maríaaaaa! —gritó Erik, de espaldas a la gigantesca caja de luz verde, arrodillándose junto a ella y tomándola del brazo.

Lo sintió duro, rígido, como si fuese metálico. Su mano estaba igual, y su rostro. ¡Ya eran sus manos también verdes, y sus ojos, y su tez, incluso su cabello!

María se había convertido en una estatua verde.

—¡Noooooo! —chilló Erik con toda la fuerza de sus pulmones.

Su voz fue a perderse en los confines de aquella dilatada nave, sorteando las enormes máquinas, alejándose. Y, al mismo tiempo, Erik sintió que sus miembros empezaban a perder la flexibilidad. Desesperado, se miró las manos.

Se volvió a mirar al muro de cristal y creyó que a sus ojos entraba mayor luz. Casi cegado, aturdido, se volvió de espaldas. Apenas podía moverse.

Pero su cerebro continuaba funcionando. Y una idea desesperada le asaltó.

¡La pistola que llevaba al cinto!

Con mano insegura, falta de tacto, abrió la funda aislante y empuñó la culata. Con la izquierda, giró todo el disco, dando potencia desintegradora a la carga. Lo corrió todo a la izquierda, de suerte que el rayo que saldría de ella sería destructor. Erik había visto desintegrarse un cohete espacial en un segundo al recibir un disparo de toda la potencia de un arma como la suya.

¡Pero ya su cerebro empezaba a fallarle también!

—¡Dios mío, dame fuerzas! —suplicó.

Quiso volverse, con el arma en la mano, pero no pudo. Recurrió a toda su fuerza de voluntad, sintió un agudo dolor en todo el cuerpo, en la cabeza. Mas continuó, por instinto, y avanzó en su giro unas pulgadas mas.

Sólo necesitaba un giro en arco de noventa grados. Casi estaba de costado a la caja irradiadora de luz paralizante. Tenía que apuntar hacia allí con la pistola y oprimir el disparador.

¡Debía hacerlo!

Algo en su subconsciente, ya que el consciente y la razón le abandonaba, le decía que era preciso disparar y destruir aquella fuente de luz.

Y se movió algo más, muy poco. Luego, ya sin razonar, sin saber si había fracasado o no, sus labios se movieron agónicamente, murmurando:

—¡Da… me fuer… zas, Dios… mío! ¡Ayú… da… me!

Ya transformado en estatua, con sólo un vestigio de sobrehumano deseo de librarse de aquel maligno influjo de la luz, aunque quizá fuese por Voluntad Divina, la pistola desintegrante pareció moverse sola, ganando el pequeño espacio que le faltaba para apuntar con su diminuto orificio hacia la pared de cuarzo de la enorme caja.

Apuntó al centro mismo del muro cuadrado.

¡Luego, cuando Erik Fugley era ya un bloque pétreo y verde, se produjo el milagro!

El dedo índice se crispó un poco sobre el disparador.

Se oyó un chasquido.

Salió un rayo luminoso, de potentísima y clara luz blanca.

¡Y entonces se produjo la más horrísona explosión que oídos humanos hayan podido escuchar en toda la historia de la Humanidad!

Fue tan potente y fabuloso el estruendo que el techo de la gran bóveda se abrió, temblando todo con una indescriptible convulsión.

Cualquiera que, desde el alto espacio, hubiese estado observando el supermundo de Tribia, habría quedado encogido sobre sí mismo al contemplar lo que sucedió a continuación.

Un inmenso ruido lo invadió todo. Luego, una cegadora, fantástica y fabulosa llamarada surgió del lugar donde había estado la ciudad de Tribia, la cual, junto con sus alrededores, la dilatada superficie circular cuyo radio habían cruzado Erik y María para llegar a su destino, se levantó al cielo, envuelta en una dantesca llamarada verde.

Por si esto fuese poco, todo el superplaneta se desencajó, saltando en fragmentos hacia el cosmos, aniquilado por completo, dejando unas enormes estelas de fuego verde en su trayectoria, hasta ir a perderse en los remotos confines del Universo.

Y aún durante largo tiempo, el fragor de aquel estallido estuvo resonando en el vacío del infinito, como los ecos de una lejana tempestad eléctrica.

¡Pero donde había estado Tribia ahora quedaba el más absoluto vacío!

¡VACÍO!

Al poco, aunque quizá fuesen mil años, el ruido tronitoso se apagó lentamente, tras la infinita hecatombe, y en la noche negra del cosmos empezaron a parpadear las estrellas.

Todo perdió su coloración verdosa después de la desintegración de Tribia Todo volvió a ser prístino y natural. Y en el terciopelo intenso del Universo hasta las distantes estrellas que siempre han brillado como diminutas linternas suspendidas en el cielo, el guiño de muchas de ellas parecían aplaudir la acción de un hombre al destruir un engendro enquistado en la celestial mecánica universal.

Un hombre, con un titánico esfuerzo de voluntad, había aniquilado Tribia, restos de una civilización ya desaparecida.

¿O había sido destruido por la mano de Dios? La respuesta no se sabrá nunca… ¡Jamás!

EPILOGO

La luz se encendió en el mismo instante.

—¡Viva el nuevo siglo! —repitieron todos a coro.

Y en la pantalla visora, la faz del locutor del gorro de papel tronaba:

—¡Escuchen, señores y caballeros! Ésos son los doce golpes de «gong», con los que Mundovisión anuncia que ha terminado el siglo XX y el segundo milenio de la Era Cristiana.

La imagen cambió en la pantalla, y dos fornidos atletas, cubiertos con pieles de leopardo y muñequeras en los brazos, empuñando recios palos con bolas de plomo en los extremos, golpeaban rítmicamente el enorme gong de metal que colgaba de un trípode sobre el escenario de la televisión mundial.

Sobre el escabel, enarbolando su copa de champán, Ernesto Vélez vociferaba, coreado por las doncellas:

—¡Ha nacido el nuevo siglo! ¡Brindemos, este día no existe, es de fiesta, de alegría, de jolgorio!

Al otro extremo del salón, junto a donde Anselmo Corza y el doctor Ribera se revolcaban, riendo, por el suelo, estaban Erik Fugley y María Vélez.

Ella le abrazaba y su expresión de temor había sido reemplazada por otra de gran felicidad.

—¡Bésame, amor mío! —exclamó ella—. Ha nacido el nuevo siglo… ¡Y la felicidad nos aguarda!

Él se inclinó y la besó con pasión.

—¡Te amo! —exclamó Erik, al concluir.

Ella apenas le oyó. El ruido era ensordecedor. Venía del exterior, de la próxima ciudad y de las casas cercanas. Todo era algarabía, risas, canciones. Incluso en la pantalla polícroma del televisor, un carnaval de hombres y mujeres, en orgiástico desenfreno, saltaban y corrían por la gran plaza que había ante el edificio de la T.V.

Mundial, en Nebraska.

Los forzudos habían terminado de dar sus doce golpes de, «gong» y la escena había pasado al exterior, donde miles de personas se abrazaban, reían y gritaban, jubilosos de haber vivido aquel instante supremo, en que la historia de la Humanidad dejaba atrás un siglo importante y entraba en una época más importante aún.

—Me aturde tanto ruido —gritó María Vélez—. ¿Quieres que salgamos fuera?

—Sí, mi vida —respondió Erik, tomándola de la cintura y llevándola hacia la terraza.

Allí, abrazados, levantaron la mirada al cielo, donde varias escuadrillas de aviones de las Naciones Unidas estaban escribiendo a gran altura, con perfectas letras de fuego, una palabra gigantesca: ¡FELICIDADES!

—¡Qué bonito! —exclamó María—. ¿Cómo lo hacen?

—Es una sustancia química que se inflama en el aire. Permanecerá ahí toda la noche. Es un compuesto de alcohol etílico.

—¿Y qué tamaño tienen esas letras?

—Enormes. Estoy seguro de que pueden ser vistas desde toda América, de norte a sur —contestó Erik, con voz soñadora.

Volvieron a besarse.

Luego, acodados en la barandilla de la terraza, María murmuró:

—Cuando empezaron a dar las doce tuve un sombrío presentimiento, Erik. ¡Creí que iba a sucedernos algo!

—Olvídate de todo eso… Olvídate del sueño, de la ola de fuego y de la luz que cruzaba el infinito. Estoy seguro de que el sueño que tuvimos sólo tenía una finalidad.

—¿Cuál?

—La de encontrarnos tú y yo.

—¿Y ser felices?

—Sí, inmensamente felices. Te propongo una cosa, María. ¿Quieres que cuando nos casemos vayamos de luna de miel a un planeta distante y nuevo?

—¿A dónde?

—A Saturno. ¿Te parece bien?

—Maravilloso. Pero, dime, Erik, ¿qué dirán tus jefes por haber desertado de tu puesto?

—Que digan lo que quieran. Y si me expulsan del cuerpo, tanto mejor. Me dedicaré única y exclusivamente a quererte. Esta noche he comprendido que mi vida, dedicada sólo a mi trabajo, estaba vacía. Faltaba algo importante. Y ahora ya sé lo que es… ¡Eres tú, mi cielo!

Erik miró su reloj: marcaba las doce y cinco minutos.

Alguien salió a la terraza y gritó:

—¿Qué hacéis aquí? ¡Entrad dentro, la gran fiesta está empezando!

—Ya vamos, Ernesto —respondió María.

—¡Hemos de celebrarlo como si hubiéramos nacido en este mismo momento! —respondió el hermano de María, con voz torpe.

¡Qué gran verdad decía aquel borracho!

* * *

En realidad, la Humanidad acababa de nacer en aquel instante. Era cierto. Desde la primera campanada del «gong» hasta la segunda había transcurrido un largo período de tiempo… ¡De tiempo relativo, claro está!

Pero la Humanidad había quedado en suspenso. El Universo había cesado de moverse, todo quedó inerte, inmóvil. No había sido un sueño, ni una utopía.

En un instante, infinita fracción de tiempo en el reloj también infinito que regula las tres dimensiones del universo conocido, todo había quedado inmóvil.

Y, pasando a una dimensión distinta, dos personas, sin saberlo, habían hecho que la Humanidad pudiera continuar viviendo hasta el fin de los siglos.

Ni siquiera, caso de haber podido saber lo sucedido, Erik o María habrían podido hallar la grieta en el Himalaya, en la que dejaron el cadáver marchito del «Olvidado de Dios», porque, en su viaje sobre la Tierra, la pareja también había estado en una dimensión distinta.

Y si ahora, pasado el gran peligro, hubiese examinado Erik su pistola insensibilizadora vería que la carga estaba intacta. De su traslado corpóreo a otra dimensión no quedaba el menor vestigio.

¡Toda huella había desaparecido, tanto en la mente de los dos personajes, como en el exterior de sus vidas!

Ni Erik ni María recordaban las espeluznantes emociones de Tribia, los obstáculos hallados en su camino, el agotamiento físico y las maravillas que allí vieron.

Jamás creerían que ello pudiera ser cierto, si alguien, procedente de otra dimensión distinta, apareciera ante ellos y les dijese lo que habían hecho: no lo creerían.

Y, sin embargo, ¡era cierto!

Erik Fugley y María Vélez habían ido a Tribia en un autobólido… ¡El mismo autobólido que en aquel momento estaba oculto entre los cañaverales, a la orilla del río San Agustín!

Y es que, en torno a nosotros, hay misterios que el hombre no podrá descubrir nunca. Sólo Dios, con su suprema ciencia, los conoce.

Confiemos en que algún día nos los revele…

